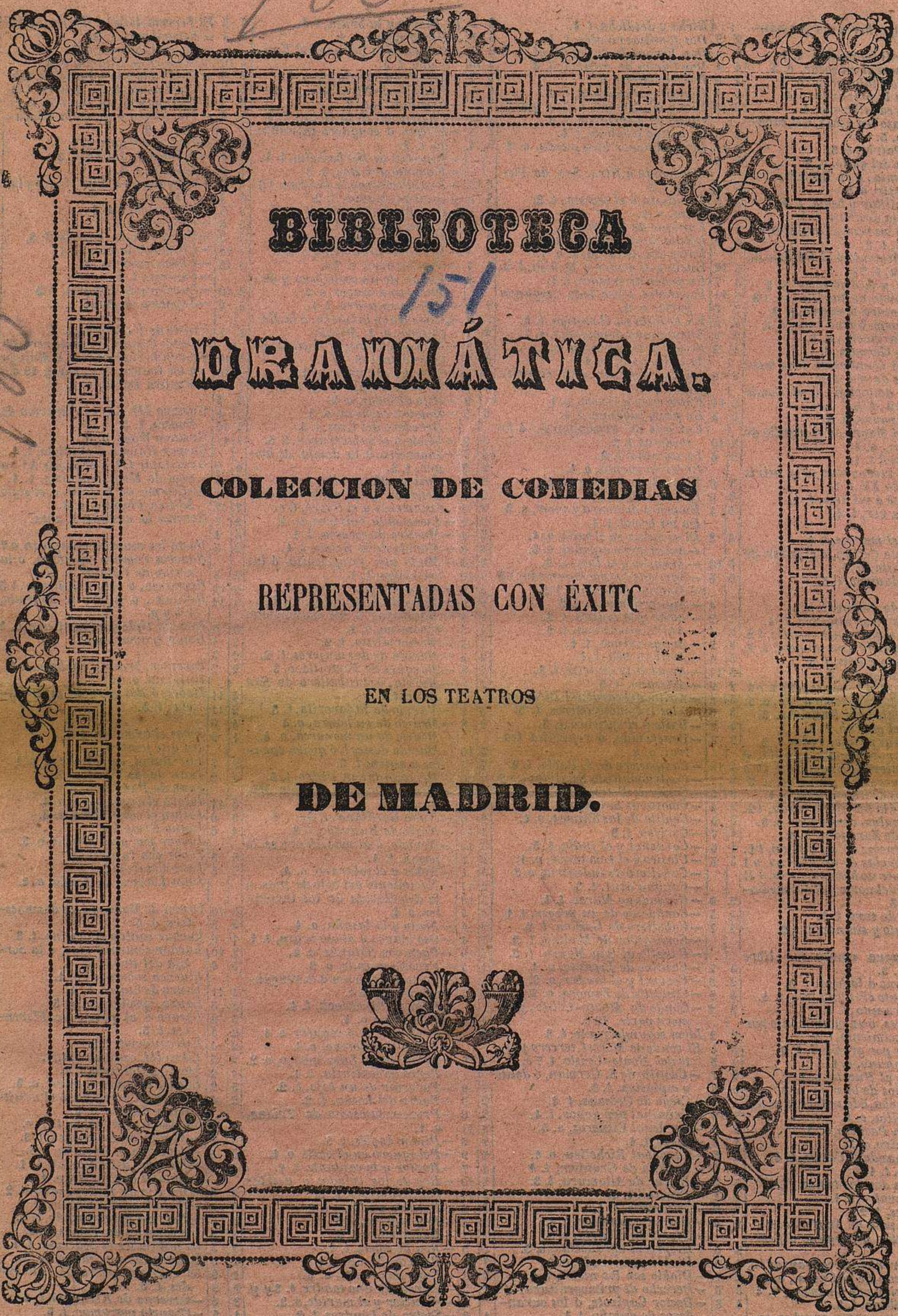


983 Juan el Coche

12.
Juan el Coche



BIBLIOTECA

151

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



A un tiempo hermana y amante. t. 1.	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	El Terremoto de la Martinica, t. 15	2	12
Ansias matrimoniales, o. 1.	2	Dos familias rivales, t. 1.	3	Doctor negro, t. 4.	4	Tarambana, t. 3.	4	3
A las máscaras en coche, o. 3.	4	Don Fernando de Sandoval, o. 5	2	Delator, ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	10	Tio y el sobrino, o. 1.	2	3
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	Don Carlos de Austria, o. 3.	2	Desterrado de Gante, o. 3.	5	Trapero de Madrid, o. 4.	9	14
Azules de la privanza, o. 4.	5	Dos lecciones, t. 2.	3	Espósito de Ntra. Sra., t. 1.	1	Tio Pablo ó la educacion, t. 2.	2	7
Amante y caballero, o. 4.	2	Dividir para reinar, t. 1.	1	Españoleto, o. 3.	10	Testamento de un soltero, t. 3.	2	5
A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.	4	Dios y mi derecho, o. 3. a y 5. c.	2	Enamorado de la Reina, t. 2.	11	Talisman de un marido, t. 1.	2	4
Amor y Patria, o. 5.	2	Diana de Mirmande, t. 5.	5	Eclipse, ó el aguero infundado, o. 3.	1	Tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7
A la misa del gallo, o. 2.	3	De balcon á balcon, t. 1.	3	Espectro de Herbesheim, t. 1.	7	Toro y el Tigre, o. 1.	3	3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	Dejar el honor bien puesto, o. 3.	3	Favorito y el Rey, o. 3.	6	Tejedor de Játiva, o. 3.	3	6
Actriz, militar y beata, t. 3.	5	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	5	Fastidio ó el conde Derfort, t. 2	1	Tejedor, t. 2.	1	7
Al pié de la escalera, t. 1.	5	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	9	Guarda-bosque, t. 2.	5	Vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5	2	5
Arturo, ó los remordimientos, t. 1	2	Elisa, o. 3.	5	Guante y el abanico, t. 3.	3	Vivo retrato, t. 3	1	6
Al asaltol, t. 2.	6	Enrique de Valois, t. 2.	4	Galan invisible, t. 2.	10	Vampiro, t. 1.	2	7
Angel y demonio ó el Perdon de Breñaña, t. 7 c.	6	Efectos de una venganza, o. 3.	10	Hijo de mi mujer, t. 1.	2	Ultimo dia de Venecia, t. 5,	2	9
A mentir, y medraremos, o. 3.	5	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	Hermano del artista, o. 2.	8	Ultimo de la raza, t. 1.	2	4
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	Hombre azul, o. 5 c.	4	Ultimo amor, o. 3.	2	5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	En poder de criados, t. 1.	1	Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	Usurero, t. 1.	2	4
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	Españoles sobre todo (segunda parte) o. 3.	11	Hijo de su padre, t. 1.	12	Zapatero de Londres, t. 3	3	9
Amor y farmacia, o. 3.	2	En la falta va el castigo, t. 5.	12	Himeneo en la tumba, ó la Hechicera, o. 4. Magia.	3	Zapatero de Jerez, o. 4.	3	3
Alberto y German, t. 1.	2	Engaños por desengaños, o. 1.	3	Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. 5.	4	Fausto de Uxerwal, t. 5.	1	13
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	1	Estudios históricos, o. 1.	2	Hijo del emigrado, t. 4.	5	Fuerte-Espada el aventurero, t. 15	3	7
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	5	Es el demonio!! o. 1.	2	Hombre complaciente, t. 1.	10	Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses, o. 3 a. y 10 c.	3	15
Amor de padre, o. 2.	2	En la confianza está el peligro, o. 2.	3	Hombre de todos, o. 2.	10	Francisco Doria, o. 4.	2	10
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	Entre cielo y tierra, o. 1.	4	Hombre cachaza, o. 3.	3	Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11
Allá vá eso! t. 1.	2	En paz y jugando, t. 1.	2	Herederero del Czar, t. 1.	10	Gustavo Wasa, o. 5.	2	16
Adriana Lecouvreur, ó la actriz del siglo XV, t. 5.	5	Enrique de Traslamara, ó los mineros, t. 3.	3	Idiota ó el subterráneo, t. 5.	11	Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9
Al fin casé á mi hija, t. 1.	2	Es un niño! t. 2.	4	Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	7	Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	3
Amar sin ver, t. 1.	1	Errar la cuenta, o. 1.	2	Lazo de Margarita, t. 2.	9	Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7
Beltran el marino, t. 1.	2	Elena de la Seiglier, t. 4.	5	Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 c.	12	Geroma la castañera, zarz.	1	3
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	5	Están verdes, t. 1.	3	Licenciado Vidriera, o. 4.	7	Hasta los muertos conspiran, o. 7	2	11
Batalla de amor, t. 1.	2	Empeños de honra y amor, o. 3.	6	Maestro de escuela, t. 1.	12	Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8
Camino de Portugal, o. 1.	4	En mi bemol, t. 1.	2	Marido de la Reina, t. 1.	3	Herminia, ó volver á tiempo, t. 5	3	5
Con todos y con ninguno, t. 1.	1	El andaluz en el baile, o. 1.	8	Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	10	Halifax, ó picaro y honrado, t. 3 y p.	2	9
César, ó el perro del castillo, t. 2.	2	Aventurero español, o. 3.	2	Médico negro, t. 7 c.	5	Hombre triple y muger tenor, o. 3	5	5
Cuando quiere una muger!! t. 2.	3	Arquero y el Rey, o. 3.	3	Mercado de Londres, t. id.	5	Honor y amor, o. 5.	4	9
Casarse á oscuras, t. 3.	3	Agiotage ó el oficio de moda, t. 5	10	Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	12	Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4
Clara Harlowe, t. 3.	5	Amante misterioso, t. 2.	5	Memorialista, t. 2.	3	Ilusiones, o. 1.	4	4
Con sangre el honor se renega, o. 3.	2	Alguacil mayor, t. 2.	6	Marido de dos mujeres, t. 2.	4	Isabel, ó dos dias de experiencia, t. 5.	4	4
Como á padre y como á rey, o. 3.	3	Amor y la música, t. 3.	5	Marqués de Fortville, o. 3.	3	Jorge el armador, t. 4.	3	11
Cuanto vale una leccion! o. 3.	3	Anillo misterioso, t. 2.	6	Mulato, ó el caballero de San Jorge, t. 3.	8	Jui que jembra, o. 1.	5	6
Caer en el garlito, t. 3.	4	Amigo intimo, t. 1.	4	Marido de la favorita, t. 5	8	José Maria, ó vida nueva, o. 1	1	7
Caer en sus propias redes, t. 2.	2	Artículo 960, t. 1.	3	Médico de su honra, o. 4	7	Juan de las Viñas, o. 2.	4	0
Conspirar con mala estrella, ó el caballero de Harmental, t. 7 c	4	Angel de la guarda, t. 3.	11	Médico de un monarca, o. 4.	8	Juan de Padilla, o. 6 c.	3	11
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2	Artesano, t. 5.	5	Marido desleal, ó quien engaña y quien, t. 3.	10	Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16
Caprichos de una soltera, o. 1.	2	Artillero, t. 5.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	3	Julian el carpintero, t. 3.	5	6
Carlota, ó la huérfana muda, t. 2.	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Jugna Grey, t. 5.	2	8
Con un palmo de narices, o. 3.	5	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Juzgar por apariencias, o. 5.	3	6
Camino de Zaragoza, o. 1.	4	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Jugar con fuego, t. 2.	1	3
Consecuencias de un boston, t. 1.	1	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Julio César, o. 5.	2	15
Consecuencias de un disfraz, o. 1	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9
Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del mediodia, t. 3.	5	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Laura de Monroy ó los dos maestros, o. 5.	2	8
Cambiar de sexo, t. 1.	4	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8
Compuesto y sin novia, t. 2.	1	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Luchar contra el sino, ó la Sor-tija del Rey, o. 5.	2	5
De la agua mansa me libre Dios, o. 3.	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Llueven sobrinos!! o. 1.	5	3
De la mano á la boca, t. 3.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Laura de Castro, o. 4.	1	15
Don Canuto é estanquero, t. 1.	5	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Laura (pról. epil), o. 5.	4	12
Dos contra uno, t. 1.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Latreumont, t. 5.	2	15
Desdichado por gratitud, t. 3.	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Libro III, capítulo I, t. 1.	1	2
Dos y ninguno, o. 1.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Lluidos del cielo, t. 1.	2	3
De Cadiz al Puerto, o. 1.	1	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Luchas de amor y deber, o. 3.	2	5
Desengaños de la vida, o. 3.	5	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Luceros y Clueyina, ó el ministro justiciero, o. 5.	2	7
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, o. 4.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	La Abadía de Castro, t. 7. c.	9	15
Don Juan Pacheco, o. 5.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Abadía de Penmarck, t. 3.	1	8
Don Ramiro, o. 5.	1	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Alqueria de Breñaña, t. 5.	7	12
Don Fernando de Castro, o. 4.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Barbera del Escorial, t. 1.	2	3
Dos y uno, t. 1.	1	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Batalla de Clavijo, o. 1.	2	4
Donde las dan las toman, t. 1.	5	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Batalla de Bailen, zarz, o. 2.	2	8
De dos á cuatro, t. 1.	1	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Boda tras el sombrero, t. 4.	5	9
Dos noches, t. 2.	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Berlina del emigrado, t. 5.	3	10
Dieguito pata de Anafre, o. 1.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Los consejos de Tomás, o. 3.	2	6
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	La costumbre es poderosa, t. 1.	2	4
De una afrenta dos venganzas t. 5	4	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Los celos de una muger, t. 3.	5	5
Don Beltran de la Cueva, o. 5.	2	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	La cola del perro de Alcibíades, t. 3.	2	6
Don Fadrique de Guzman, o. 4	3	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Caverna de Kerougal, t. 4.	1	10
Dina la gitana, t. 3.	4	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Coqueta por amor, t. 5.	3	4
Demonio en casa y angel en sociedad, t. 3.	4	Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6	Corte y la aldea, o. 5.	2	8
		Artículo 960, t. 1.	10	Mercado de San Pedro, t. 5.	6			



JUAN EL COCHERO.

Drama en cuatro actos y un prologo, dividido en dos cuadros, escrito en frances por el celebre Bouchardy, y arreglado al teatro espanol por D. Ramon de Valladares y Saavedra, representado con extraordinario aplauso en el teatro de la Cruz, el miercoles 13 de abril de 1853.

PERSONAS. ACTORES.

- JUAN CLAUDIO... Don R. Barro
- LUCHAS... Don A. V. Valero
- PEDRO... Don G. Pareja
- EL GENERAL ROGEMBA... Don R. Cubero
- EL CONDE RICARDO... Don J. Catalina
- MORILLAS... Don M. Muñoz
- SIMON... Don A. Arguilles
- BENITO... Don J. Superante
- GENOVEVA... Doña J. Paz
- JUANITA... Doña A. Valero
- LA MADRE URSULA (persona que se muda)
- DOS NIÑOS que no hablan

La escena pasa, en el prologo, en Saboya en 1795. Durante el drama, en Paris año de 1813.

PROLOGO.

CUADRO PRIMERO.

Una casa al pié del Monte-Cenis en Saboya. Puerta al fondo que dá al campo, y otra en primer término a la derecha que dá paso á un cuarto sin salida. A la derecha, en segundo término una escalerilla de madera que conduce á una puerta, que es el cuarto de Genoveva. En el fondo, á la izquierda de su puerta, una mesa sobre la cual hay una sabana blanca y dos vasos de loza; en la pared y sobre la mesa un altarito, una corona de flores y una estampa de Santa Teresa. A la izquierda, en primer término, un baul, sillás de madera, etc. Al alzarse el telon, Pedro entra tarareando: trae un gran ramo de flores.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, solo.

PED. Cállate! No hay nadie! La señora Genoveva estará en su cuheto, y tal vez Juan Claudio se habrá quedado dormido. (pone las flores sobre la mesa y mira al altar.) Hola! Genoveva ha preparado ya el altarito de Santa Teresa, y puesto que ha colocado la guirnalda, justo es que ponga yo las flores en los vasos. (lo hace.)

ESCENA II.

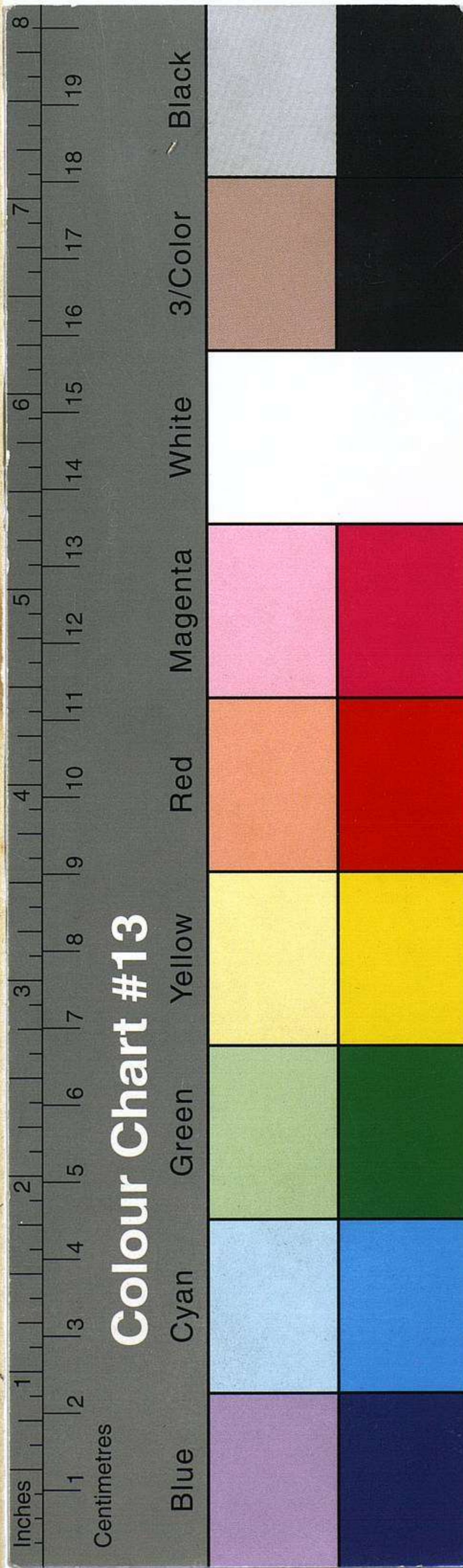
PEDRO, un DESCONOCIDO; ha entrado por la puerta del fondo y sacude la capa.
DES. Parece, buen hombre, que estamos muy ocupados?

PED. Ah! No es Juan Claudio! (mirándole.)
DES. Sois amigo de la casa?
PED. Si señor, soy el padrino de su hija. Pero no recuerdo haberles visto nunca.
DES. Nada tiene de extraño. Atravesando la montaña, me he perdido en ella, y Juan Claudio, á quien hallé casualmente, me salvó de caer en el abismo, y me ofreció este rincón, en donde he dormido hasta la hora presente.
PED. Reconozco en eso el buen corazón de Juan Claudio.
DES. Ha salido?
PED. Creo que si. (Lleva los vasos al altarito.)
DES. Esas flores anuncian que se celebra aquí alguna fiesta?
PED. Hoy es Santa Teresa, y no hay una persona en toda la montaña, que no ofrezca flores á la Santa, y no la pida algun favor... por eso al romper el día he echado á vuelo las campanas.
DES. Hola! Sois campanero?
PED. Campanero y zapatero, para servirlos. Yo fui el que tocó las campanas cuando se casó Juan Claudio.
DES. Supongo que haría una eleccion acertada?
PED. Digo! La mujer de Juan Claudio es tan buena como el pan, y tan hermosa como buena.

ESCENA III.

Los mismos y GENOVEVA, que aparece en lo alto de la escalera.

PED. Si quereis juzgar por vos mismo, vedla. (yendo á ella.) Buenos dias, señora Genoveva.
GEN. Buenos dias, Pedro. (bajando.)
DES. (Bella es!) Deseaba daros, así como á vuestro esposo, las mas expresivas gracias por la hospitalidad...
GEN. Triste, tal vez, pero ofrecida con la mejor voluntad...
PED. (con entusiasmo!) Oh! Lo que es la voluntad, tan buena como el corazón!
GEN. No grites, Pedro, que vas á despertar á mi hija.
PED. (en voz baja.) Sabeis en donde está el rosario de la señora Mariana? Lo he estado buscando inútilmente.
GEN. Juan Claudio, al partir para el Gran-Bourg, se lo ha llevado consigo, á fin de que sea bendecido.
DES. Vuestro marido ha ido al Gran-Bourg?
GEN. Pero volverá pronto.
DES. Demasiado tarde, por desgracia, para que pueda estrechar su mano.
PED. Vais á Chambery?



DES. No; á la parte opuesta... Voy á pasar el Monte-Cenis.

GEN. Tened presente que no podreis ahora viajar por la montaña.

DES. Por qué? (*Juan Claudio entra por el fondo y deja la capa y baston.*)

PED. Porque durante todo el mes no se camina mas que de noche, en atencion á que los rayos del sol derriten las niebes y se inundan los valles.

ESCENA IV.

Los mismos, JUAN.

DES. Me es igual, intentaré...

JUAN. Intentareis ahogaros para llegar mas pronto?

TODOS. Juan Claudio!

JUAN. Desistid de esa idea, caballero. Buenos dias, Genoveva! Hola, Pedro!

PED. Mira... me he puesto mis zapatos nuevos para venir á verte.

JUAN. Qué colorado estás, hombre!

PED. Toma! Como que tengo una hambre...

JUAN. Pues vamos á almorzar. (*al Desconocido.*) Creedme, es mucho mas prudente que espereis á la noche para iros.

DES. Harto lo siento. (*Juan va á colgar el rosario en el altar.*)

PED. Vaya, vaya! Ayudadme á poner la mesa.

DES. Como querais. (*ponen la mesa en el baul que está á la izquierda.*)

JUAN. Toma; he cambiado los medallones de oro por esos de estaño. (*bajando con Genoveva al proscenio.*)

GEN. Los recuerdos que encierran son siempre los mismos. (*se los guarda en el pecho.*)

JUAN. Y ademas cuento ya con seis escudos para ponernos en camino al momento. Y Juana?

GEN. Duerme tranquilamente.

JUAN. Confio en que no la acometerá de nuevo la calentura.

GEN. Dios te oiga! (*ap. lanzando un hondo suspiro.*)

JUAN. Vamos á la mesa?

PED. (*sentándose.*) Santa palabra!

JUAN. Un convidado mas en el dia de Santa Teresa, es una bendicion nueva para mi casa. (*deteniendo al Desconocido.*) Sirvenos, Genoveva. (*se sientan. Desconocido á la izquierda, Juan á la derecha y Pedro en el centro.*)

PED. Ahora que ya estamos sentados y comiendo, te diré, Juan Claudio, que te he traido una cosa para los postres. (*saca un papel del bolsillo.*)

JUAN. Y qué es?

PED. La relacion de la toma de Monttenote por los franceses.

DES. Es el boletin del 14 de este mes.

JUAN. Leeo, Genoveva.

GEN. «Empeñose la accion el 14 por la noche... Despues de dos horas de combate, el general Colli, que habia podido ganar el llano, amenazó arrollar á los franceses que estaban delante de Monttenote, pero el coronel Roger, hallando ocasion de que maniobrara la caballeria, lanzó su regimiento á toda brida sobre la division Colli; entonces el enemigo se encontró envuelto, y el general en jefe Bonaparte mandó al asalto: por la noche la victoria era completa, y el general en jefe ha nombrado al coronel Roger, general de division.

JUAN. Soberbia victoria!

PED. A la salud del coronel Roger!

GEN. A su salud!

DES. Desgraciadamente los austriacos, que han recibi-

do nuevos refuerzos, han cerrado los caminos del Monte-Cenis. (*se levantan y se separan de la mesa hablando.*)

PED. A mi me gustaria mas la guerra, si no tuviese miedo á los cañonazos.

GEN. El ruido del cañon es mas peligroso que el de las campanas...

PED. Calla! Me recordais que tengo que tocar las visperas. Hasta la noche, Juan Claudio.

JUAN. Hasta la noche.

PED. Dios os guarde, y á la compañía. (*sale fondo.*)

ESCENA V.

Los mismos, menos PEDRO. Genoveva quita la mesa y se detiene como para escuchar.

GEN. Me parece que se ha despertado mi hija.

JUAN. Vé y traemela... la llevaré conmigo al campo para que respire el aire puro de hoy.

DES. Tendré mucho gusto en verla.

GEN. Os la traeré al momento. (*sube á su cuarto.*)

ESCENA VI.

JUAN, el DESCONOCIDO.

JUAN. Qué buena es! (*al Desconocido.*)

DES. Estoy admirado de que hayais podido encontrar aqui una muger como Genoveva.

JUAN. No sois el primero que se admira, y voy á esplicaros el misterio. Era yo muy joven, cuando despues de una terrible nevada que asoló el pais, Mariana Thibaut, mi madre, entró una noche trayendo una niña que habia encontrado entre la nieve, y la cual, gracias á sus esfuerzos, volvió en sí. Por sus zapatillas y su collar se conocia que era italiana, y que sus padres debieron morir entre la nieve, porque no se oyó hablar de ellos nunca. Mi pobre madre, que los buscaba incesantemente, enseñando á todo el mundo el collar de perlas, me dijo un dia: «Esta niña pertenece á gente rica, porque un joyero de Chambery me ha asegurado que su collar vale mas de cien pistoles; he vendido su collar, porque es necesario que Genoveva (asi se llamaba la niña,) reciba buena educacion, y no sufra nunca por haber sido recogida por unos pobres.» En su consecuencia, Genoveva aprendió á leer y á escribir, y yo me hice carretero para ganar las mezquinas sumas que nos permitian vivir en invierno bajo techado. Al cabo de algun tiempo me dijo mi madre: «Juan Claudio, Genoveva tiene diez y siete años y necesitamos de un protector en la casa.» Entonces vendi mi carreta y permaneci al lado de la familia, hasta que la buena vieja nos dejó para irse donde se van las almas justas.

DES. Perdisteis á vuestra madre?

JUAN. Si, la perdí. En su consecuencia me vi precisado á decir á Genoveva, que por su propio honor, no estando á nuestro lado la infeliz anciana, era necesario separarnos. Genoveva se echó á llorar... yo me encontré atado á este sitio, y en fin, dimos con el medio de acallar la maledicencia, casándonos; aun cuando tenia algo en mi alma que me decia que Genoveva no habia nacido para mi.

DES. Por qué motivo?

JUAN. Quién sabe! Al año primero de nuestra union, el cielo nos dió una niña, que es un angel como su madre; pero hace dos años que la felicidad concluyó para nosotros.

DES. Qué decis?

JUAN. Nuestra hija está bien mala; y ademas, los austriacos, al pasar por aqui, han causado mas daño que la nieve y las escarchas. Agotados nuestros ahorros, y

sin poder vender un terron, porque la guerra se ha llevado todo el dinero, nos vemos obligados á partir para buscar trabajo en los pueblos y villas; lo cual me entristece mucho, porque Genoveva no ha servido nunca á nadie... y la pobre niña podrá agravarse en el camino... Mas es preciso.

DES. Pero ese viage exige algun dinero, ya.

JUAN. Tengo para él. Cuando éramos mas felices, compré dos medallones de oro que conservábamos Genoveva y yo, como un recuerdo en mis continuas y largas ausencias... Esta mañana he ido al Gran-Bourg á trocar el oro por el plomo. Ved... El recuerdo existe siempre, porque aqui permanecen el cabello y la letra de Genoveva... Aqui está. No hablemos del viage, porque la causa mucha pena.

ESCENA VII.

Los mismos, GENOVEVA, por la escalera con la niña en los brazos, que tendrá tres años.

GEN. Os he hecho esperar?

JUAN. Bastante.

DES. Graciosa niña!

JUAN. Vamos, hija mia, al campo.

DES. Voy á acompañaros.

JUAN. Como gustéis.

DES. Hasta mas ver, hermosa Genoveva.

GEN. Hasta mas ver, querido huésped.

ESCENA VIII.

GENOVEVA, despues un VIAGERO.

GEN. Pobre Juan! Qué feliz es con su hija en los brazos! (*mirándole ir desde la puerta; baja de nuevo á la escena y continua quitando la mesa, interin entra el Viagero, que trae una maleta.*)

VIA. Podreis decirme, buena muger, si estoy muy lejos de San Martin?

GEN. (Un viagero!) Estais á dos leguas.

VIA. Dos leguas todavia?

GEN. Quereis descansar? (*continuando su faena.*)

VIA. Camino hace tres horas; vengo del Gran-Bourg, y voy á San Martin.

GEN. Pues os aconsejo que descanséis aqui; la casa de Juan Claudio está á la mitad del camino.

VIA. (Aqui es.) Me aprovecharé con mucho gusto de vuestro ofrecimiento. (*se sienta.*)

GEN. Y si quereis pedir algo á la Santa, ese rosario que veis colgado en la pared, es milagroso, porque sus cuentas están hechas con fragmentos de la roca gris.

VIA. Cómo lo sabeis?

GEN. Porque asi se lo dijo á la madre de mi marido, el fraile de San Bernardo que se lo regaló.

VIA. A la madre de Juan Claudio Thibaut?

GEN. Sabeis su nombre?

VIA. Y tambien el vuestro.

GEN. Yo me llamo Genoveva.

VIA. Genoveva es el nombre que os ha dado la madre Mariana, pero no es el que recibisteis de vuestros padres.

GEN. (*con ansiedad.*) Sabeis tambien el nombre de mis padres?

VIA. Vuestro padre, Manuel Loredano, marqués de Ferrara, y vuestra madre, fueron sepultados entre la nieve con vos y los criados que les acompañaban. Solamente vos, que érais muy niña, fuisteis salvada por la señora Mariana, que os encontró en la orilla del camino. Cuando murió dicha Mariana, y os casasteis con su hijo, teniais unos veinte años.

GEN. Cómo sabeis todo eso?

VIA. Lo sé, porque vuestro tio Antonio Loredano, en

contró hace cosa de un mes, en la casa de un judío de Ferrara, un collar de perlas que habia sido comprado en otro tiempo á un joyero de Chambery; y reconoció este collar, porque era el mismo que puso a vuestro cuello el dia en que os bautizaron. Entonces hizo varias preguntas al joyero, al cual Juan Claudio habia referido vuestra historia, y de este modo descubrió que su sobrina existia aun.

GEN. Mi tio?

VIA. Aunque enfermo y cargado de años, quiso atravesar la Italia para venir á buscaros en Saboya, pero su esperanza fué frustrada; obligado á detenerse en Milan, murió, dejando un testamento, del cual he sacado una copia exacta, que voy á leeros. (*saca un pergamino del bolsillo.*)

GEN. Es un sueño cuanto escucho?

VIA. Oid. «Instituyo mi heredero universal á mi sobrina y ahijada Mariana Loredano, cuya existencia he sabido recientemente; y esto, con la condicion espresa de que habite mi castillo de Ferrara, en donde recobrará los nombres y títulos de sus padres... asi que haga anular su casamiento con Juan Claudio Thibaut, llamado el carretero.»

GEN. Jamás!

VIA. (*despues de un movimiento.*) «Si contra mis esperanzas, Maria Loredano rehusase el cumplimiento de esta condicion, todos mis bienes pertenecerán dentro de un año y un dia, al convento de los padres Bernardos de la Concordia, en donde quiero ser enterrado... Escrito en Milan el 20 de abril de 1795, por mi, Antonio Loredano, conde de Est, proveedor de Venecia.»

GEN. Todo eso no es mas que una invencion, una locura...

VIA. Si quereis pruebas positivas, seguidme, sin confiar nada á Juan Claudio Thibaut, y dentro de cuatro dias estaremos en Venecia, en donde sereis recibida por vuestra familia. Allí encontrareis las pruebas mas incontestables; obtendreis la nulidad de un casamiento que habeis contraido en la ignorancia de vuestra cuna, y en vez de ser pobre en Saboya, os vereis rica en Venecia.

GEN. Y mi marido? Y mi hija?

VIA. Secretamente nos llevaremos á vuestra hija, porque no hay nada que se oponga á ello en el testamento. En cuanto á vuestro marido, los términos del testamento son precisos...

GEN. Os he escuchado con calma, y no me he ofendido, porque no soy la muger á quien buscáis... Maria Loredano murió entre la nieve... y yo soy Genoveva, muger que nunca ha tenido otra familia que la madre Mariana, que me adoptó en su indigencia Juan Thibaut á quien amo, y la hija que he llevado en mi seno.

VIA. Veo que el afecto os ciega.

GEN. Decid mas bien que me ilumina.

VIA. (No debo insistir ahora.) Volveré cuando hayais reflexionado. (*se aleja hasta la puerta y vuelve al proscenio.*)

GEN. Oh! no! Mi marido podria encontraros! Por favor, no volvais mas. Evitad que os vea... evitad que sepa... que sospeche...

VIA. Lo ignorará todo, os lo juro. (*Genoveva ha quedado pensativa y el Viagero dice para si.*) Olvidando aqui mi maleta de viage, tendré una razon legitima para volver. (*á ella.*) Voy á continuar mi camino. No teneis nada que mandarme? (*desde la puerta.*)

GEN. Quereis decirme quien sois?

VIA. Un noble veneciano.

GEN. Y qué interés os ha guiado á verme?

VIA. Ninguno personal. Idolatro las aventuras, y he

creído que debía manifestar á Genoveva Thibaut que le era muy fácil convertirse en una noble señora.
GEN. Una cláusula del testamento se lo prohíbe... Genoveva ama á Juan Claudio...
VIA. Ya lo pensareis mejor. (Volveré.) (vase.)

ESCENA IX.

GENOVEVA, despues JUAN CLAUDIO.

GEN. Estoy despierta, Dios mio! Si, la madre Mariana me dijo varias veces que mi familia debía ser rica... é italiana. Pero qué es lo que vienen á ofrecerme? Es una madre la que me espera? Es un padre quien me llama? No; es el oro en cambio de mis afecciones, el oro en cambio de la existencia de mi marido... porque si Juan entrase un dia aqui y hallase la cuna de su hija vacia, y su casa desierta... perderia la razon indudablemente! Ah! No temas nada, Juan Claudio; Genoveva te ama demasiado desde el fondo de su corazón.

JUAN. (apareciendo al fondo con la niña dormida en los brazos.) Genoveva, la niña está dormida... acuéstala con cuidado.

GEN. Si.

JUAN. Yo voy á coger dos piochas para trabajar. (reparando en ella cuando va á tomar la niña.) Pero qué es lo que tienes? Has llorado?

GEN. No. (toma á su hija.)

JUAN. No me lo ocultes... Qué es lo que causa tu disgusto?

GEN. Nada; te lo aseguro.

JUAN. No obstante... Qué es esto? (mirando á su alrededor, repara en la maleta y la coge.)

GEN. Una maleta olvidada por un viajero... que acaba de descansar aqui. (asombrada.)

JUAN. Qué hay escrito ahí encima? (señalando á una plancha que tendrá la maleta.)

GEN. «Luchi, en Venecia.»

JUAN. Y ese Luchi veneciano, te ha dicho por ventura alguna cosa que te haya disgustado?

GEN. Qué disparate! Voy á acostar á nuestra hija.

JUAN. Si; vé. (ella sube á su hija y él la sigue con la vista.)

ESCENA X.

JUAN, despues el DESCONOCIDO.

JUAN. Ha llorado y se reprime delante de mi! Estoy seguro de que esta partida la mata.

DES. (entrando.) Os estoy esperando, amigo mio.

JUAN. Perdonadme, pero al llegar aqui encontré á Genoveva llorando, y esto me ha producido un dolor...

DES. Y por qué lloraba?

JUAN. No ha querido decírmelo, pero lo sé muy bien. Lloraba porque siente la precision que tenemos de marchar al momento, á pedir trabajo en otra parte.

DES. Qué suma os hace falta para no moveros de aqui hasta el verano próximo?

JUAN. Cuarenta escudos! En fin, no hablemos de esto; voy por las piochas. (entra á la derecha primer término.)

DES. Cuarenta escudos constituirán la felicidad de estas pobres gentes! (saca dinero de su bolsillo, que á su tiempo pone en el cajon de la mesa, volviendo á cerrarlo.) No puedo hacer un uso mas acertado de mi dinero... pero en dónde lo pondré? Ah! En este cajon!

JUAN. (sale con dos piochas y dá una al Desconocido.) Venid, os enseñaré el camino de Luce. (salen foro izquierda. El Viajero se presenta y los sigue con la vista, bajando luego.)

ESCENA XI.

EL VIAGERO, solo.

Juan Claudio se aleja con su compañero. Confieso que no sospechaba hallar tanta abnegacion en una muger; pero sus escrúpulos se disiparán poco á poco...

Estoy seguro de que ya ha variado de parecer, y necesito resolverla de una vez. Su familia me ha ofrecido emplear su poderoso influjo para que cese mi proscripcion, si logro llevar á Maria Loredano, y no tengo otro medio de recobrar la orden de destierro que pesa sobre mi. Estará en su cuarto sin duda? Qué ruido es este? La lluvia tal vez... si... cae á torrentes. (desde la puerta.) Pero veo dos hombres que vienen corriendo... Son Juan Claudio y su huésped, que vuelven para guarecerse de la tempestad... Qué deberé hacer?... Si me ven salir de aqui querrán saber... Pero esto debe tener otra salida. Ah! Esta puerta!

(entra por la puerta derecha Juan y el desconocido vienen por la del foro sacudiéndose la ropa.)

ESCENA XII.

JUAN, el DESCONOCIDO, el VIAGERO, oculto.

JUAN. Tiempo fatal!

DES. Soberbia lluvia! Y luego con la ventisca.

JUAN. Si; el agua entra hasta aqui; cerremos la puerta. (cierra.)

VIA. (al paño.) No tiene salida este escondite.

JUAN. Mientras pasa la hube, queréis leerme otra vez el boletin? (se sientan.)

DES. Dadmelo.

JUAN. Voy por él; debe estar aqui. (viendo la maleta sobre la mesa.) Ese Luchi parece que aun no ha vuelto por su maleta... (abriendo el cajon y viendo el dinero.) Qué es esto, dinero? Dinero aqui!

DES. (Lo ha descubierto demasiado pronto!)

JUAN. Qué quiere decir esto? Necesito preguntar á Genoveva... (va hacia la escalera.)

DES. No os molesteis; sé de dónde viene ese dinero.

JUAN. Vos? (en el primer escalon.)

DES. Yo he sido quien lo ha puesto en ese cajon.

JUAN. Qué decis? (haciendo á su lado.)

DES. Podeis disponer de él sin temor, porque es el dinero de un soldado que se cree bastante feliz con la victoria que ha conseguido.

JUAN. Siento mucho deciros, que no puedo aceptar ese dinero.

DES. Por qué razon?

JUAN. Y Genoveva lo rehusaria tambien, porque nada hemos hecho para ganarle.

DES. No me salvasteis ayer la vida?

JUAN. Oh! En este pais, en la montaña, no se pagan esas cosas. Aquel á quien se salva del peligro, dice: «Mil gracias...» El otro le contesta: «Haced otro tanto si me hallo en tal apuro.» Se dan un apretón de manos, y la cuenta está pagada. Con que os suplico que tomeis vuestro dinero... (yendo hacia la mesa.)

DES. Y si yo os proporcionase la ocasion de ganarlo?

JUAN. Entonces seria otra cosa. Pero cómo?

DES. Ante todo es preciso que sepáis mi nombre.

JUAN. Decidlo.

DES. Soy el general Roger.

JUAN. Vos?

DES. Y voy á deciros la causa de mi incógnito! El general en jefe ignora que el ejército enemigo amenaza sus abanzadas, y como el camino de Luce está cerrado, la noticia no podia llegar á él sino por los caminos del Mont-Cenis.

JUAN. De los cuales disponen los austriacos.

DES. Si; y como un destacamento no saldría adelante en su empresa, he creído que un hombre solo podría pasar desapercibido.

JUAN. Lo comprendo.

DES. Así, pues, para no perderme de nuevo como la noche anterior, os ruego que me guicéis, y bien pronto el general Bonaparte, sabedor de que el enemigo trata de envolverlo por la ruta de Luce, se retirará al llano para dar una gran batalla.

JUAN. Es verdad.

DES. Y cuando me hayais ayudado á evitar un combate peligroso é inútil, que costaría la vida á millares de hombres, ¿no creéis que habeis ganado bien los cuarenta escudos?

JUAN. Partamos. El sol se ha ocultado ya, y el camino estará transitable dentro de una hora.

DES. Dios vaya con nosotros!

JUAN. Genoveva tendrá que esperarnos toda la noche.

DES. Vamos á prevenirla. (yendo hacia la escalera.)

JUAN. No. Al verla temblar por mí, perdería todo mi valor. Marchemos.

DES. Marchemos. (El Viajero abre la puerta derecha con precaucion y entra en escena.)

ESCENA XIII.

El VIAJERO, solo.

He sido, sin querer, el confidente secreto del general. Pero si he oído perfectamente, no me ha sido posible ver nada; tratemos de completar las noticias. (entreabre la puerta del fondo y mira.) Juan Claudio lleva traje oscuro, y el general capa y sombrero piamontés. Bien; conservaré en la memoria estas señas. (cierra y baja al proscenio.) Si confiase á los centinelas austriacos las filiaciones y la intencion de estos dos hombres?... Los austriacos dan muerte á los que hacen prisioneros... y este sería un medio de anular el casamiento de Genoveva. Pero antes de llegar á un extremo tal, veamos si Genoveva me lo evita. Ella es! (abre la puerta de la escalera y aparece Genoveva que trae luz, baja á la escena, y el Viajero se retira de modo que aquella no le vea.)

ESCENA XIV.

El VIAJERO, GENOVEVA, que coloca la luz sobre la mesa y se sienta á hacer calceta.

GEN. Ya es de noche, y Juan no tardará en volver; su presencia borrará de mi espíritu la revelacion de ese viajero.

VIA. (adelantándose.) Señora!

GEN. (dá un grito terrible.) Ah! este hombre otra vez!

VIA. He venido para buscar una maleta que me he dejado olvidada.

GEN. Tomadla. (la toma de la mesa y la dá al Viajero.)

VIA. Gracias! Con que vuestra resolucio... (Genoveva ha vuelto á sentarse.)

GEN. Es irrevocable! (sigue su labor.)

VIA. En una palabra; rehusais formalmente separaros de Juan Claudio?

GEN. (con calma.) No me separaré de él aun cuando se trate de compartir su suplicio.

VIA. (A pesar suyo la hará rica y marquesa de Ferrara!) (se detiene en el foro y dice á Genoveva con voz terrible.) Quiera el cielo que no tengais por qué arrepentiros!

GEN. El cielo es justo! (levantándose.)

VIA. (Ella lo ha querido! Cúmplase su voluntad!) Adios! (abre la puerta, se detiene contemplando otra vez á Genoveva, que le mira con calma; saluda y vase.)

GEN. A pesar mio me ha causado miedo este hombre! (esto lo dice despues de ir precipitadamente á cerrar la puerta del fondo.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Pequeña habitacion, en piso bajo, de la casa que habita Pedro junto á la iglesia de la aldea de San Martin. Puerta al fondo que dá al exterior; á la derecha de esta puerta un tabladillo de madera, con una puerta que se abre sobre la escena. Ventana lateral á la izquierda; bancos, escabios, hormas, zapatos, martillos, y todo cuanto indique á primera vista, que es la cabaña de un zapatero pobre. Al alzarse el telon, Pedro está trabajando.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, en mangas de camisa con un delantal de cuero, y en disposicion de trabajar, mirando un zapato que está haciendo.

Vaya! Ya he quitado bastante! (tomando otro zapato y comparándolos.) Voto al diablo! Pues no he hecho los dos para el mismo pie! (se oye tocar.) ¡Y ahora la campana! Pues era lo que faltaba para acabar de ponerme de buen humor! (arroja los zapatos con enfado en el canasto, y se quita el delantal.) ¡Esas campanas me causan hoy tanta pena como placer en otro tiempo! Tendré que irme á vivir lejos de la iglesia!... Cada vez que me acuerdo de aquellos dias en que el pobre Juan Claudio me decía: «Cuando el aire viene hacia nuestra casa, y oímos la campana de San Martin, Genoveva y yo esclamamos: Perico nos envia noticias tuyas!» ¡Pobre Juan Claudio! Ya no estás allí para escucharlas. Y desde que no existe, ni cómo, ni trabajo con acierto. Y eso que la señora Genoveva siempre quiere que la hable de Juan Claudio, porque solamente conmigo puede hablar de él. Pero yo no puedo permanecer en su casa; veo llegar á sus parientes de allá... lejos... todos los ricos de su familia que han venido á buscarla, y esos parientes se me han sentado en la boca del estómago.

ESCENA II.

AREZZO y PEDRO.

AREZZO. Sois uno á quien llaman Pedro?

PED. Así me llamo; pero hay otros muchos en el pais que llevan el mismo nombre.

AREZZO. Vengo de parte de la señora Genoveva Thibaut.

PED. Entonces yo soy el que buscáis; yo que era el amigo de su marido.

AREZZO. Sí; la señora Thibaut me ha dicho que queriais mucho al desgraciado Juan Claudio.

PED. Como á un hermano.

AREZZO. Bien horriblemente murió!

PED. Fusilado por los austriacos.

AREZZO. Cara pagó su imprudencia.

PED. Decid su valor; para proporcionar pan á su familia. En fin, no hablemos de esto. ¿Qué es lo que quiere la señora Genoveva?

AREZZO. Al salir de su casa, para venir á misa á San Martin; me rogó que me adelantase para decirle, que encendais dos velas en la iglesia; una en la capilla de la Santa Beata Mariana, y otra en la de San Juan.

PED. Con que viene á oír la misa?

AREZZO. Antes de dejar la Saboya, quiere que su hija sea bendecida por el cura de San Martin, que fué el mismo que la bautizó.

PED. Pues esperadme; voy á hacer el encargo de ella señora Genoveva.

ESCENA III.

AREZZO, solo, sentándose.

Ya hace ocho días que los primos de Maria Loredano, fieles á su promesa, me han alcanzado la revocacion de la orden de mi destierro. Y yo, que deseaba con ánsia volver á Venecia, voy á seguir á Milan á la heredera de los Loredanos! Maria Loredano pasará algun día á segundas nupcias para olvidar el nombre de Juan Thibaut, y yo, que soy conde de Arezzo y jóven aun; yo que soy el único que conoce el testamento del conde de Est, tal vez logre... (*levantándose.*) Hace muy pocos meses que arruinado por el juego, y desterrado de Venecia, me arrastraba sin esperanza... Hoy pienso sacar mi parte de una inmensa fortuna. Necio es, en verdad, el que quiere prever y preparar su porvenir; el hombre es un grano de arena, y la casualidad es el viento que le arrebató y le transporta.

ESCENA IV.

AREZZO, PEDRO.

PED. Las velas arden en el altar, y el señor cura está dispuesto.

AREZZO. Voy á recibir á la señora Genoveva.

PED. Id con Dios. (*acompañándole.*) Yo tambien debia ir á esa misa, pero me falta el valor! Cuando veo á la señora Genoveva con su vestido negro, me dá una pena... Voy á pasearme á orillas del estanque, y cojeré flores; donde quiera que esté, me acompañará mi pena: porque como dicen los de mi oficio, á dos cuartos el zapato, siempre será cuatro cuartos el par. Cómo ha ilde ser! Así vá el mundo. (*vá hacia el fondo y oye la voz de Juan Claudio.*)

JUAN. (*dentro.*) Eh, Pedro!

PED. Virgen Santísima! Qué es esto? He oido como la voz de Juan Claudio! Sin duda son los diablos que me trabucan.

ESCENA V.

PEDRO, JUAN CLAUDIO.

JUAN. No hay nadie aquí? Pero si... Pedro, te has vuelto sordo de un mes á esta parte?

PED. Juan Claudio! Eres tú? (*retrocediendo asustado.*)

JUAN. Sí, yo soy.

PED. Qué, no te mataron los austriacos?

JUAN. Así lo creyeron ellos, y yo tambien.

PED. Con que no eres muerto?

JUAN. No ves cómo te recibo en mis brazos?

PED. Viva Juan Claudio! (*tira el sombrero por alto y se abrazan.*)

JUAN. Vaya, dime, están todos buenos? Y Genoveva? Y mi hija?

PED. Genoveva... (*dudando.*)

JUAN. Qué?

PED. (*con viveza.*) Hace quince días que lleva luto por ti.

JUAN. Pobre Genoveva! Cuánto habrá sufrido!

PED. Pero, cómo es que hemos encontrado tu chaqueta atravesada por quince balazos?

JUAN. Ay, amigo Pedro! Se la habia prestado al general Roger, que habia perdido la suya en el barranco de los Abrojos; apenas llegábamos al valle, cuando los austriacos nos cogieron. Nos habian vendido, Pedro; les habian dado nuestras señas, segun ellos mismos han dicho.

PED. Y no sabes quién fué?

JUAN. Lo presumo. Sin duda un espía que estaba escondido en mi propia casa.

PED. Bien puede ser, porque la noche que marchaste,

cuando llegué á tu casa...

JUAN. Qué?

PED. Ví un viajero que salia de ella, y Genoveva me dijo que era un veneciano que habia venido á buscar...

JUAN. Una maleta olvidada?..

PED. Justamente!

JUAN. El era... el miserable; y vas á verlo. Los austriacos se arrojaron sobre nosotros; y despues de habernos registrado, nos dieron cinco minutos para encomendarnos á Dios. El general pidió como una gracia al gefe austriaco, que le dijese si habiamos sido vendidos por un francés. El gefe le declaró que era un veneciano el que nos habia entregado.

PED. Era él!

JUAN. Una sonrisa de consuelo reanimó al general, y él mismo mandó hacer fuego, y murió como un valiente.

PED. Y lo viste tú, Juan Claudio?

JUAN. Sí, Pedro; esperando mi turno. Y mientras me preparaba para morir como cristiano, oigo como un grande estrépito por encima de mi cabeza...

PED. Y qué era.

JUAN. Eran los franceses que habian acudido al oír los tiros.

PED. Así me gusta, así me gusta!

JUAN. Aquellos valientes cayeron como un torrente sobre los austriacos. De repente me pareció que la cascada de los sauces caia sobre mi cabeza... y nada mas volví á ver ni á oír. Algunos días despues me hallaba en el campamento francés. Un cirujano me habia extraido del pecho una bala, y oi referir á mi lado que el general en gefe Bonaparte no habia podido contener una lágrima, al saber la muerte del general Roger.

PED. Y el veneciano? El traidor?

JUAN. Le buscan todavia. Cuando recobré las fuerzas, me preguntaron si queria alistarme en el ejército, y yo, que no pensaba mas que en Genoveva, en mi hija y en tí, me puse en camino por única respuesta. Al asomar al barranco, oí la campana de San Martin, y en vez de seguir la ruta, tomé la senda de la cruz para darte un abrazo. Ahora voy corriendo á consolar á Genoveva, á abrazar á mi hija, y á reír, ó á llorar de gozo! (*corre hacia la puerta.*)

PED. Espera: (Es preciso que sepa...)

JUAN. Esperar! Y por qué?

PED. Porque... como suele decirse, si los muertos alzasen la cabeza, lo encontrarian todo bien cambiado. Han ocurrido muchas cosas desde que tú estás por allá.

JUAN. Qué! Despacha! (*con espanto.*)

PED. Escucha, pues.

JUAN. Dí pronto.

PED. En primer lugar, bien sabes... digo, no sabes que Genoveva ha sido hallada por su familia.

JUAN. De veras?

PED. Sí; un tío que la quedaba como único pariente, la averiguado su existencia, y la ha dejado heredera de todo con la condicion de que...

JUAN. Que ha de dejar á Juan Claudio?

PED. Qué, lo sabias?

JUAN. Creo que el cielo me lo anunciaba desde el momento en que me casé. (*vá á dar un paso y cae sobre un banquillo con hondo dolor.*) Siempre he temido esa desgracia! Y Genoveva?

PED. Genoveva, para huir de sus parientes, que la acusaban; queria que marchásemos todos; pero como no volvíamos como despues hallaron tu chaqueta hecha una

criba, y se dijo que te habian fusilado, y al general tambien.

JUAN. Con que han venido aquí los parientes de Genoveva?

PED. Y bien mala y descolorida la han hallado, pobrecilla! (*momento de silencio.*) Pero gracias á Dios, Juan Claudio está en el mundo... Genoveva volverá á tomar la rueca, echareis en hora mala los primos y la herencia, y no se volverá á hablar mas del asunto; no es verdad? (*silencio profundo de Juan Claudio.*) He querido que lo supieras todo antes de ir á casa... para que no te cogiese de susto. Ahora, si te parece, te acompañaré... iremos los dos... Digo, que iremos los dos á tu casa.

JUAN. Adios, Pedro. (*levantándose y dándole la mano.*)

PED. A dónde vas?

JUAN. A buscar la guerra y en ella la muerte. Adios.

PED. Juan Claudio! (*deteniéndole.*)

JUAN. No ves que ahora, ya estoy de sobra en el mundo? Acaso puedo volver á presentarme á Genoveva? Acaso puedo quitarla la fortuna, y quizá la vida, para entregarla de nuevo á la pobreza y al trabajo, que la matarian?

PED. Pero...

JUAN. Y si esta herida que recibí, volviera á abrirse; si no pudiera trabajar mas con mis manos, consentiria yo que Genoveva, la heredera despojada, abriese la tierra con las suyas para alimentarme?

PED. El caso es que... Pero si estás bien curado...

JUAN. No lo sé... Además, el grauzo y las tormentas no pueden destruir otra vez nuestros campos? Y crees tú que hoy que Genoveva ha visto pasar por delante de sí la fortuna, podria yo decirle, toma en brazos á nuestra hija... el tiempo es malo, pero la tierra es grande; ven y siempre encontraremos donde ganar un pedazo de pan? Es imposible! Al volver á la casa de mi madre, quizá encontraré en ella la miseria, el frio, el hambre...

PED. Y quién te ha dicho que la riqueza hará la felicidad de Genoveva? Crees tú que con una casa llena de oro, podria comprar un cariño como el tuyo?

JUAN. Oh! no!

PED. Y no sabes que el contento vale mas que la riqueza?

JUAN. Sí; tienes razon.

PED. Ven, Juan Claudio, ven á buscar á Genoveva.

JUAN. No, no; mi presencia destruiria su fortuna.

PED. Y qué importa?

JUAN. Y si mi pobre hija llegase á morir, no podria decir Genoveva al enterrarla, que tal vez la opulencia la habria salvado? Entonces yo... me mataria con mis propias manos y cometeria un crimen. Oh! Mas vale morir como un valiente. Adios, Pedro,

PED. Espérate: voy á conducirte lejos, para que te serenes y cambies de propósito.

JUAN. (*ha abierto la puerta.*) Ah! Qué veo?

PED. Es Genoveva que sale de la iglesia.

JUAN. Genoveva?

PED. Habia venido á misa, y será fácil que entre aquí.

JUAN. Dios mio, dónde me ocultaré?

PED. Allí, Juan.

JUAN. Y suceda lo que quiera...

PED. Descuida: no te he visto. (*cerrando la puerta.*)
Cómo saldremos de este pantano?

ESCENA VI.

PEDRO, GENOVEVA, JUAN escondido.

GEN. (*entrando.*) Buenos dias, Pedro.

PED. Hola! Vos por acá, señora Genoveva? (*procuran-*

do ocultar su emocion.)

GEN. Me he salido de la iglesia, porque tengo cosas muy graves que decirte.

PED. (*presentandola un banquillo.*) Estoy á vuestras órdenes, señora Genoveva.

GEN. En primer lugar, vengo á despedirme de ti.

PED. Os marchais?

GEN. Es preciso. Ya no tengo á Juan Claudio, cuyo trabajo nos sustentaba, y necesito aceptar la fortuna que me espera en Venecia, para poner á mi hija á cubierto de la miseria, de la que yo sola no podria librarla. He entregado al párroco de San Martin las tierras de Juan Claudio, para que con ellas socorra á algunos pobres; y á ti te traigo los cuarenta escudos que á tu pobre amigo han costado la vida.

PED. Pero no veis, señora Genoveva... (*medio llorando.*)

GEN. No puedes rehusar; es la parte que te corresponde en la herencia, y al mismo tiempo el recuerdo de tu mejor amigo.

PED. Gracias, señora Genoveva. (*toma la bolsa y se la guarda en el bolsillo.*)

GEN. Ahí tienes tambien la llave de nuestra casa, y si quieres habitarla...

PED. Yo! Permanecer allí sin vos y sin él... Oh! no! La riqueza ha tapiado estas puertas...

GEN. Dios quiera que esas riquezas, que tan caras me cuestan, me ayuden á conservar el único bien que me queda; á conservarme mi hija. Si supiéseis, Pedro, cuantas veces, mientras que Juan Claudio estaba ausente, he tenido á la pobre niña en mis rodillas, abrazándose con la fiebre! Cuántas veces he acudido á Dios en mi desesperacion, y Dios no me oia! El mal cesaba cuando su padre volvia, pero todo se lo ocultaba porque su hija era su tesoro, su vida... ¡Pobre Juan Claudio! El cielo sabe que mientras vivió, hice cuanto pude por evitarle el menor disgusto. (*llora.*)

PED. (*Me dan unas ganas de llamar á Juan Claudio!*)

GEN. Y si en medio de mi dolor me queda algun consuelo, es que cuando pienso que al vernos desde el cielo, dirá: «Ahora podrá Genoveva salvar á nuestra hija de los frios del invierno y de las brisas del otoño. Ahora podrá verla crecer bajo un sol mas benigno!

PED. (*A que llamo á Juan Claudio!*)

GEN. Adios, Pedro. Acuérdate siempre de que Genoveva, rica en Ferrara, vivirá allí sin un amigo verdadero.

PED. Y cuándo partis?

GEN. Dentro de media hora.

PED. Id con Dios, señora.

GEN. Que el cielo te haga tan feliz, como yo deseo! (*llega á la puerta, se vuelve y estiende su mano hácia Pedro; que este toma y besa con efusion. Genoveva parte; Juan que ha abierto la puerta dá dos ó tres pasos á la escena.*)

ESCENA VII.

PEDRO, JUAN CLAUDIO.

PED. Corramos en busca de Juan! (*viéndole.*) Juan!

JUAN. Comprendes ahora que estoy de mas en el mundo?

PED. Si... es decir, no... es preciso correr... es preciso ver...

JUAN. (*trayendo á Pedro al proscenio.*) Va á conducir á mi hija bajo un sol mas benigno! Oh! tendré valor para afrontar la metralla! He podido morir de esta herida, pero gracias á Dios que me ha permitido, antes de cerrar los ojos, verlos felices en el porvenir... Veo, partamos. Pedro, mi cabeza se arde! (*se oyen sonar tres campanadas de la iglesia.*)

PED. Espera; esa campana anuncia que se ha concluido la misa; van á salir de la iglesia, y Genoveva pasará por delante de esta casa.

JUAN. Ah! si llegase á entrar...

PED. Echaré el cerrojo. (lo hace.) Así creerán que he salido... Ahora guardemos silencio; (la campana suena hasta el fin del acto.)

JUAN. Si pudiese verla otra vez!

PED. Abriré la puerta; (yendo hacia la puerta.)

JUAN. (deteniéndose á Pedro y mirando por la ventana.)

No; veo muchas personas que salen; son desconocidos; sus ricos parientes sin duda... Genoveva viene entre ellos! Lleva á mi hija en sus brazos! Hija mia! Hija de mi corazón! Me la arrancan de mis brazos! Yo no puedo privar á mi hija del amor de su padre! (en completo delirio.)

PED. Pues eso es lo que yo digo.

JUAN. Es un sacrificio que prohíbe Dios!

PED. Si... Dios lo prohíbe... Voy á llamar á Genoveva.

JUAN. No; yo mismo iré. Pero, y si fuese entonces el verdugo de mi hija?... Y si privándola de esas riquezas, la condenase á la indigencia, y después á la muerte mas horrible? Dios mio! Dios mio! Es la herida que se abre, ó la desesperacion la que me mata?... Me ahogo!... me ahogo! Pedro! Pedro!... Si supieses... si supieses toda la amargura que destruye mi corazón en este instante! Adios, esposa mia! Adios, hija de mis entrañas! (cae llorando en los brazos de Pedro, y la campana toca á duelo.)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salon adornado con lujo en el palacio del conde de Arezzo en Paris; puerta grande al foro que da á un vestibulo, Puerta lateral á la izquierda: á la derecha una ventana, al lado de la cual habra una puerta secreta; á la derecha, en primer término, una mesa; á la izquierda un confidente; sillones elegantes; velador.

ESCENA PRIMERA.

SIMON despues **MOREL**.

SIM. (a omado á la ventana.) Cuánta gente corre á ver pasar al emperador! Yo tambien iria si el señor conde de Arezzo hubiese vuelto. (vá á salir y encuentra á Morel que viene por el fondo.) Ah! El señor Morel.

MOR. Estás solo, Simon?

SIM. Solo.

MOR. (cierra la puerta del foro y se acerca á Simon.) Creo que no habrás olvidado que cuando hace dos meses te coloqué en casa del señor conde de Arezzo, te prometí...

SIM. Que doblarías mi salario.

MOR. Bajo la condicion...

SIM. De que yo os diria todo cuanto pasase en su casa.

MOR. Pues bien: sabes dónde está el señor conde?

SIM. Habrá ido al Tesoro, pues ya sabeis que es recibidor de contribuciones de Venecia.

MOR. Yo vengo del Tesoro, y no está allí. Ha salido esta noche?

SIM. Al juego como todas.

MOR. Y la señora condesa?

SIM. Tambien ha salido; solamente está en casa la señorita Juana.

MOR. Tratan todavia de casarla?

SIM. Ahora mas que nunca.

MOR. Han tenido acaso el conde y la condesa alguna explicacion?

SIM. La señora condesa detesta á su marido.

MOR. Y de consiguiente, el conde negará su permiso al proyectado enlace?

SIM. Por lo cual se aguardarán á que dentro de diez dias, como tambien sabeis, llegue la señorita Juana á la mayor edad.

MOR. Y entonces se exigirán sus cuentas de tutela?

SIM. Es probable.

MOR. (No tengo un instante que perder.) Es preciso que vea al señor conde hoy mismo. A qué hora estará aquí?

SIM. Eso lo ignoro. Algunas veces se le cree lejos de casa, y está en su habitacion; cualquiera diria que es brujo; y se desliza átravesando las paredes.

MOR. Volveré. (deteniéndose cerca de la puerta.) Hay cerca algun paraje donde haya carruajes?

SIM. Ahí, al lado, en la calle de Bac.

MOR. Hasta luego. (vase por el fondo.)

ESCENA II.

SIMON, **JUANA**.

SIM. Este hombre es amigo ó enemigo del conde de Arezzo? Su deudor ó su acreedor? A fé mia, sea lo que quiera, lo cierto es que él me paga, y en muy buenas monedas. He oido un carruaje... (va á la ventana.) Será el del señor conde? No, es el de la señora condesa. Y yo, que me he olvidado comunicar á la señorita Juana el resultado de la comision de que me encargó! Pero aquí viene. Ahora mismo iba á veros, señorita.

JUA. Ya estaba impaciente.

SIM. He ido al correo, señorita, y no ha venido ninguna carta de Italia para la señora condesa.

JUA. (No ha escrito!) Gracias. (Quince dias sin escribirnos!)

SIM. (observándola, ap.) Creo que no le ha gustado la noticia.

ESCENA III.

Los mismos, y la CONDESA.

CON. Juana, ahora mismo llego, y tengo que hablarte. Retiraos, Simon. (Simon se retira.) Qué tienes, hija mia? Estás triste? Has visto acaso al conde?

JUA. No, señora; pero cuando pienso que hace quince dias estamos esperando carta de Italia.

CON. Eso es lo que te affige? Vamos, enjuga esas lágrimas, y sabe que el coronel Enrique no te olvida.

JUA. No me engañas? (la condesa se sienta en el confidente, Juana la sigue.)

CON. No, disponte para que vayas á palacio.

JUA. Yo?

CON. Si; hoy hay misa cantada en la capilla, y la mariscal te convidará.

JUA. Y tú?

CON. Yo aprovecharé entre tanto tu ausencia para ver al conde y hablarle de tu casamiento.

JUA. Madre mia, si no te incomodases, te diria que tengo el alma demasiado triste para pensar en divertirme...

CON. No sigas! Es preciso que vayas, porque espero que has de ver en la capilla á alguna persona que disipe tu tristeza.

JUA. A quién?

CON. A uno que ha llegado de Italia.

JUA. Trae noticias del coronel Enrique?

CON. Y sabe tambien por qué no ha escrito hace quince dias.

JUA. Y nada me decias?

CON. Aun no habia tenido tiempo.

JUA. Es verdad.

CON. El coronel no ha escrito, porque la separacion se le hacia insoportable, y ha solicitado una mision al lado del emperador.

JUA. Para venir á Francia?

CON. Y la ha obtenido. Se ha puesto en camino hace dos dias, y ha llegado á Paris...

JUA. Enrique?

CON. Ayer ha sido recibido por el emperador, y hoy asiste á la misa de palacio.

JUA. Y es cierto todo eso, Madre mia? Oh! si, debe serlo, pues tú lo dices.

CON. Muy cierto, hija mia. Vé pues á vestirme. (se levanta y pasea la escena.)

JUA. Ah! Voy corriendo. (va á salir y se queda parada á la vista del conde.)

ESCENA IV.

La CONDESA, JUANA, y el CONDE, fondo; viene acompañado de un criado á quien dá capa y sombrero.

CONDE. Qué os sucede, Juana? Por ventura os causo miedo?

JUA. No, padre mio. (con timidez.)

CON. (tomándola una mano.) En verdad que me lo harías creer. Y no era justo, cuando hace poco me ocupaba de ti.

JUA. De mi?

CONDE. Si; acabo de dejar á uno de nuestros mas ricos diplomáticos, que tiene un hijo empleado en el ministerio de hacienda...

JUA. (con mucha viveza.) Sabeis, padre mio, que estoy prometida al coronel Enrique.

CONDE. Ya sé, que vuestra madre, la señora condesa, ha tenido la debilidad de alimentar las esperanzas de ese joven, á quien conocisteis en Italia, y quisiera hablaros justamente de ese asunto. Sentaos pues.

CON. (poniéndose entre los dos.) Juana no puede escucharos ahora, señor conde. La están esperando para llevársela á Palacio.

CONDE. Siento mucho que mi hija no pueda sacrificarme...

CON. Repito que es imposible. Vete, hija mia. (vase Juana izquierda.)

ESCENA V.

La CONDESA, el CONDE.

CONDE. Espero, señora, que otra vez que quiera hablar á mi hija, podrá contar con su atencion. (va á poner los papeles que ha sacado sobre la mesa.)

CON. Extraño mucho que soliciteis ahora una entrevista, que hace seis meses habeis estado rehusando.

CONDE. Es que no pensaba que os obstinariais en llevar adelante un proyecto de alianza, que no autorizaba mi silencio.

CON. Y por qué habeis callado?

CONDE. Porque en el mismo interés de Juana debía resistir á la peligrosa consecuencia de esa exaltacion ridícula que os estravia. (se sienta al lado de la mesa.)

CON. Os engaÑais.

CONDE. Afortunadamente estoy aquí para interponer mi prudencia.

CON. Decid mas bien vuestro odio, señor conde.

CONDE. Mi odio? Y contra quién?

CON. Contra mi hija.

CONDE. Volveremos á las pasadas locuras?

CON. Recordais, señor conde, que habia jurado permanecer viuda; cuando los monges de la Concordia me disputaron la herencia de que hacia dos años estaba en posesion?

CONDE. Lo recuerdo.

CON. Debeis acordaros en efecto, porque despues se me dijo que erais el que habia aconsejado semejante reclamacion. (se sienta á su lado.)

CONDE. Esa es una calumnia.

CON. Sabeis, en fin, que el consejo soberano de Venecia, al recurrir á él, no me prometia su proteccion, si no contraia un segundo enlace con un noble italiano, el cual seria á la vez esposo mio y padre adoptivo de mi hija?

CONDE. Es verdad.

CON. No teniendo entonces qué escoger entre el porvenir de mi hija y la existencia de su pobre padre, hice lo que mi deber me dictaba. Vos estabais á mi lado, vos, que habiais sabido apoderaros de mi confianza, y cuando para preservar la fortuna de mi hija, consentí en daros mi mano, firmamos un contrato, por el cual se le reconocia á mi hija la mitad de mis bienes, y vos, una vez constituido su tutor, exigisteis que se declarase en este mismo contrato, que estos bienes os pertenecerian personalmente, en el caso de que mi pobre Juana muriese. Y esta exigencia estremada, yo la he firmado, señor conde, porque despues de mi hija, todo debia serme indiferente. Desde aquel dia, vos, que hasta entonces habiais rodeado á Juana de cuidados y de provisiones, habeis cesado de fingir, habeis arrojado la máscara.

CONDE. Yo, señora?

CON. Cuando el primer cónsul, despues de haber conquistado la Italia, os llamó á Francia, como enviado de Venecia, no quisisteis separarme de mi hija é impedir que nos siguiese?

CONDE. Yo solamente queria separar de la señora condesa de Arezzo, una hija que parecia recordarla siempre el nombre oscuro de la viuda de Juan Claudio.

CON. El nombre oscuro de Juan Claudio Thibaut, siempre me ha honrado, señor conde.

CONDE. Si, no sois muy escrupulosa. Y qué mas?

CON. Poco tiempo despues de nuestra llegada á Paris, no he visto á mi pobre hija caer enferma y arrastrarse vacilante, abrumada con vuestra frialdad; desalentada por nuestras querellas domésticas, de las que siempre era ella el objeto? No le han prescrito que viaje? No me he convencido, al fin, de que vuestras continuas injusticias habian sido la causa de su mal, pues al cabo de un mes de calma y de reposo, habia vuelto á recobrar la salud? Y cuando despues de dos años de permanencia en Italia, Juana y yo hemos corrido, llenas de confianza, á pedirnos vuestro consentimiento para su enlace con el coronel Enrique, á quien conocimos en Florencia, y á quien di mi palabra; no habeis puesto mil obstáculos á este casamiento, sin explicacion alguna, sin el menor motivo, como si encontraseis un secreto placer en torturar á mi hija, ó como si su dicha os causase miedo de antemano? Y ahora, si no odiais á mi hija... Decidme, señor conde, de qué modo la amais?

CONDE. (levantándose, pasa al otro lado afectando gran calma.) No responderé, señora, á una acusacion tan insensata... que escusa, tal vez, la agitacion de vuestra alma; y os diré, sin cólera, que no me conviene autorizar la union de mi hijastra, con no sé qué coronel desconocido.

CON. Ese coronel lleva un nombre que todo el ejército venera, porque es el hijo del general Roger.

CONDE. (con desden.) Nunca he oido hablar de ese general.

CON. (levantándose y yendo á él.) Ya os he dicho, caballero, que el general Roger fué fusilado en el Mon-

te-Cenis... con Juan Thibaut, su compañero de infortunio... No hallais, señor conde, que en la union de estos dos hijos, cuyos padres han muerto por la misma causa, hay algo de providencial?

CONDE. Seguramente que eso seria muy novelesco; pero es completamente imposible, porque tambien yo tengo mi proyecto de alianza para mi hija. *(vuelve al lado de la mesa.)*

CON. Vos?

CONDE. Quiero que esta alianza nos sirva para aumentar nuestras relaciones con la corte de Francia, y no estoy en el caso de abdicar mis dobles derechos de padre y de tutor.

CON. Despues de haber humillado á Juana por espacio de doce años... os acordais hoy de que sois su padre, porque se os antoja disponer de ella á vuestro capricho, y sacrificarla á alguna ambicion oculta? Pero esto, señor conde, seria un crimen.

CONDE. Señora, extraño mucho...

CON. Verme tan resuelta? En efecto, esto debe sorprenderos; porque siempre he sido para con vos, si no sumisa, al menos resignada; pero mi resignacion cesa cuando se trata del porvenir de mi hija. Os declaro pues, que ese casamiento se efectuará, porque su vida depende de él; porque no quiero que un dia la sombra de Juan Claudio, muerto por causa nuestra, vendrá á pedir cuenta á la condesa, de la existencia de la hija de Genoveva. Y aunque debiese en esta lucha sucumbir, os juro, señor conde, que arrostraria la muerte sin palidecer.

CONDE. Quereis, segun veo, una guerra completa?

CON. No, señor conde, porque os suplico aun, que autoriceis este casamiento.

CONDE. Nunca, señora.

CON. El tiempo devora el espacio; señor conde; dentro de diez dias, Juana será mayor de edad.

CONDE. Y entonces...

CON. Libre y dueña de sus acciones, contraerá un enlace que el cielo bendice de antemano, y vendrá á pedirnos cuenta de sus bienes.

CONDE. *(aterrado.)* Cómo! Os ariais, sin temer el escándalo?...

CON. La madre que defiende á su hija, no puede causar escándalo alguno.

CONDE. Dentro de diez dias quereis usar de un derecho rigoroso, y yo quiero usar de los mios, que deben durar diez dias aun.

CON. *(Alejaré á Juana; diez dias pronto pasarán.)*

CONDE. Quiero interrogar á mi pupila, á fin de convencerme de su desobediencia; y entonces, señora, podreis odiarme, porque la veré justificada; sin embargo, trataré de convencer á Juana.

CON. Desesperarla si, pero convencerla, nunca.

CONDE. Mañana lo sabré

CON. *(Yo la alejaré esta noche.) (el conde la saluda con mucha frialdad y ella se va izquierda.)*

ESCENA VI.

El CONDE, SIMON.

CONDE. Oh! Veo que he retardado mucho esta explicacion. *(paseándose agitado.)* Necesito obtener de Juana lo que deseo, porque si tuviese que rendir cuentas, me veria no solamente arruinado, sino deshonorado! Felizmente faltan aun diez dias, y ese infernal coronel está á cuatrocientas leguas de aqui... Si, si; pensemos. Tengo amigos en Florencia; uno sobre todo, hábil y atrevido. Si mientras yo trabajo aqui, pudiese él en Florencia... Si... voy á escribirle ahora mismo. *(llama á la campanilla y se sienta á escribir. Si-*

mon se presenta.)

SIM. Ha llamado el señor conde?

CONDE. Si; que desenganchen; no vuelvo á salir.

SIM. Quisiera deciros, señor conde...

CONDE. Qué?

SIM. Que el señor Morel...

CONDE. No puedo recibirlo, tengo que hacer, estoy de prisa.

MOR. *(entrando.)* Y yo tambien, señor Conde.

SIM. *(Me alegro!)* *(saliendo y cerrando la puerta.)*

ESCENA VII.

El CONDE y MOREL.

CONDE. Qué me quereis? *(despues de un movimiento de cólera.)*

MOR. Preveniros que acabo de endosar al banco el bono á la vista que me habeis suscrito, por suma de los quinientos doce mil francos que me debeis.

CONDE. *(sigue escribiendo y le dice con mucha indiferencia.)* Pues os tomais el trabajo de recoger del banco ese bono, porque ahora no puedo pagaros.

MOR. Reunid fondos, porque tampoco yo puedo esperar.

CONDE. Y á qué viene esa exigencia?

MOR. *(aproximándose al conde y á media voz.)* Viene, á que mientras que os arruinais en el juego, no veis que las dificultades son cada vez mayores; no veis que dentro de diez dias la señorita Juana será mayor de edad, y os pedirá cuentas; y como yo sé que vuestros negocios están muy embrollados, quiero que no os burleis de mi como de tantos otros.

CONDE. *(levantándose.)* Y habeis creido, señor Morel, que no he pensado en todos esos inconvenientes?

MOR. Qué tratais de hacer?

CONDE. Ese es mi secreto; por vuestra parte concededme tres meses de respiro, y os reembolsaré con creces.

MOR. Eso es imposible.

CONDE. *(llevándole hácia la puerta del fondo.)* Concededme ese plazo, y dejadme solo; voy á concluir una carta muy importante, que dirijo á Florencia, donde está el coronel Enrique. *(se sienta para seguir escribiendo.)*

MOR. *(cerea de la puerta del fondo.)* El coronel? Si está en París!

CONDE. Os engañais.

MOR. *(volviendo.)* Estoy seguro de ello. Ayer ha sido recibido por el emperador, y esta mañana iba á su lado en la revista.

CONDE. Estás loco! No puede ser.

SIM. *(entrando.)* El señor coronel Enrique Roger solicita el honor de hablar al señor conde. *(el conde se levanta con precipitacion.)*

MOR. Cuando yo os lo decia...

CONDE. Que espere. *(á Simon que se marcha; el conde pasea muy agitado.)*

MOR. Lo creis aun en Florencia?

CONDE. Pues bien, me alegro en el alma que él mismo haya venido. Sentaos; *(señalando al confidente.)* voy á recibirlo delante de vos, y de tal modo, que acaso hoy mismo se rompa este casamiento.

MOR. Tendria que ver. *(sentándose.)*

CONDE. Que entre el señor coronel. *(alzando la voz y sentándose al lado de Morel.)*

ESCENA VIII.

Los mismos, ENRIQUE.

ENR. Dignaos recibir, señor conde, mis respetuosos afectos.

CONDE. Cuál es, caballero, el objeto de vuestra visita?
 ENR. No ignorais, señor conde, que aspiro á ser el esposo de la señorita Juana, vuestra hija. Con este fin he tenido el honor de dirigiros dos cartas desde Italia, las cuales, con gran sentimiento mio, han quedado sin respuesta.
 CONDE. Lo cual daba á entender que desechaba vuestra peticion.
 ENR. Es verdad, pero como mi sola dicha en este mundo depende de ese casamiento, he querido venir á solicitaros, á suplicaros...
 CONDE. Os declaro que mi negativa es inmutable.
 ENR. Sabed, señor conde, que soy portador de un mensaje de tal naturaleza, que os obligará á cambiar de tan estraña determinacion.
 CONDE. Un mensaje? (levantándose.)
 ENR. (con dulzura.) Pero antes de hacer uso de ese medio, os suplico que me oigais.
 CONDE. (imperiosamente.) Ese mensaje, ó me retiro?
 ENR. Una vez que lo quereis, aquí está (se lo dá.)
 CONDE. (lo toma bruscamente; movimiento de Enrique.) Tengo curiosidad de saber quién es el que se vanagloria de poder influir sobre mi voluntad.
 MOR. (Y yo tambien.)
 CONDE. (leyendo con indiferencia.) «Conde, vuestra esposa ha prometido la mano de su hija al coronel Enrique Roger; y como el coronel es hijo de uno de mis compañeros de armas, apruebo este casamiento, y tendré sumo gusto en firmar el contrato. Napoleon.» El emperador! (estrujando la carta con cólera.)
 MOR. (Vamos; ha perdido la partida!)
 CONDE. Los deseos del emperador son órdenes para mi; pero aquí se me impone... una voluntad... y debo confesaros, caballero... que sorprendido, como lo he sido, necesito algunos dias para prepararme.
 ENR. Esperaremos, y durante este plazo, tendreis tiempo para conocerme, y entonces, tal vez, deberé á vuestra voluntad lo que hoy á la intervencion del emperador. Entonces olvidaremos ese mensaje, del que nunca me hubiera servido, si vuestra fria acogida no me hubiese obligado á ello. Ahora me retiro sin ver á la señora condesa, llevando conmigo el secreto de lo que ha pasado; por lo demás, espero que lo que ha comenzado por el temor, concluirá por la amistad.
 CONDE. Lo dudo. Adios, caballero. (todavía confuso y rehusando darle la mano.)
 ENR. Hasta mas ver. (después de un movimiento, vase. El conde y Morel se miran antes de hablarse.)

ESCENA IX.

El CONDE, MOREL.

CONDE. Qué decis á esto, Morel?
 MOR. Lo que digo es, que salgais del atolladero si podeis. En cuanto á mi, tengo el honor de saludaros. (cogiéndole su sombrero.)
 CONDE. A dónde vais?
 MOR. A apresurar la presentacion del otro bono, y meteros en la cárcel cuanto antes.
 CONDE. Y no sabeis qué al proceder contra mi, os perdeis tambien?
 MOR. Yo? (cerca de la puerta del fondo.)
 CONDE. Porque todo lo he dispuesto para que así sea.
 MOR. Cómo, como? (volviendo á la escena.)
 CONDE. La fortuna que habeis adquirido de un año á esta parte, la debeis esclusivamente á mi proteccion, y mi ruina os llevaria al tribunal de Justicia, y desde allí...
 MOR. Pero esto es un asesinato!

CONDE. No, esto no es mas que prevision.
 MOR. Sois un infame. (furioso.)
 CONDE. Pardiez! Si soy un infame, vos sois otro tanto; y ahora mismo os lo probaria. Pero no tenemos tiempo para ocuparnos de esto. Se trata de que salgamos de esta difícil situacion.
 MOR. Vuestra situacion no es la mia; me habeis suscrito una obligacion, que no tiene nada que ver con nuestras relaciones, porque está perfectamente en regla. (quiere salir.)
 CONDE. (interrumpiéndole el paso.) Os la he escrito en nombre de Morel y no os llamais Morel.
 MOR. Yo?
 CONDE. Vos, que habeis tomado este nombre, después de haberos escapado de Florencia, donde debiais haber sido juzgado como falsario.
 MOR. Cómo! Sabeis?...
 CONDE. Sé que el dia en que querais hacerme daño, puedo devolveros al enviado de Venecia, que me desembarazaria de vos.
 MOR. Teneis un modo de convencer... que... en fin, qué quereis hacer?
 CONDE. Todo lo que pueda salvarnos. Decir... por ejemplo... que he visto á Juana... (á media voz.) moribunda, deshauciada por los facultativos...
 MOR. Si; pero después de su muerte, tendreis que dar cuenta á sus herederos...
 CONDE. No, porque por medio de un contrato que existe, soy su heredero, su legatario.
 MOR. Diablos! Teneis el juego en vuestras manos.
 CONDE. Si; pero para eso necesitamos combinar... seria preciso que provocaseis al coronel... una querrela... un duelo...
 MOR. No, no, gracias; me mataria tal vez, y yo aprecio mucho mi vida. Pero se podría por medio de la mentira y de la calumnia?...
 CONDE. (interrumpiéndole.) Eso es cuenta vuestra; encargaos del coronel; yo me encargo de mi hija; mañana estará ya en mi poder.
 MOR. Mañana será tarde, porque estará ya muy lejos de aquí.
 CONDE. Lejos de aquí?
 MOR. Su madre debe alejarla esta noche, si es que ya no lo ha hecho.
 CONDE. Quién os lo ha dicho?
 MOR. Lo sé y puedo convenceros.
 CONDE. Cómo?
 MOR. Ante todo, quién es uno que llaman Ambrosio, y que vive en Chaillot?
 CONDE. Un antiguo servidor de la condesa, á quien ha despedido, porque se creia con derecho á defenderla.
 MOR. Pues bien; la condesa ha conservado relaciones con él; apenas ha salido de aquí, le escribió una carta.
 CONDE. Y que le decia?
 MOR. Leedla y lo sabreis. (dándosela.)
 CONDE. Y cómo ha venido á vuestras manos?
 MOR. Porque uno de vuestros criados, á quien la señora condesa habia encargado que la echase al correo, me la ha vendido, mientras yo esperaba en la antesala.
 SIM. (entrando con un candelabro con bugias, que deja en el velador.) Perdonad, señor Morel.
 CONDE. Qué quieres?
 SIM. El cochero que el señor Morel ha dejado á la puerta, dice que si este caballero no necesita ya su carruaje de plaza?...
 MOR. Que espere. Allá voy.
 CONDE. No; que se vaya. (bajo á Morel.) Necesito de vos esta misma noche... Las horas son preciosas.
 MOR. Es que me esperan en mi casa.

CONDE. Avisad. (*se sienta al lado de la mesa y examina la carta.*)

MOR. Bien; avisaré con ese cochero. Que entre ese hombre.

SIM. En la antesala está.

MOR. Pues que pase al momento. (*vase Simon, Morel vuelve á sentarse.*)

CONDE. (*leyendo.*) «Ambrosio, calle de las batallas en Chaillot. Si; es la letra de la condesa. (*abre la carta y la recorre.*)»

ESCENA X.

Los mismos y JUAN con el sombrero en la mano.

JUAN. Qué me ordenais, caballero?

MOR. Cuánto os debo?

JUAN. (*sacando su reloj.*) Siete francos.

MOR. Tomad diez, y quedaos con el resto.

JUAN. Gracias, caballero. (*va hacia la puerta.*)

MOR. Esperad; llegaos á la plaza de los Bosques, número 7, y decid al dueño de la casa, que no esperen esta noche al señor Morel.

JUAN. Está bien. (*La plaza de los Bosques; pues no me dá nada de mas.*)

MOR. Qué deciais?

JUAN. Nada, señor. (*poniéndose el sombrero.*)

MOR. Qué número tiene vuestro carruaje?

JUAN. El 226.

MOR. Bien; si mañana sé que no habeis cumplido vuestra comision, haré que os saquen la multa.

JUAN. Descuidad. (*vase.*)

ESCENA XI.

MOREL, el CONDE.

MOR. Y bien? (*al conde y levantándose.*)

CONDE. Habeis leído esta carta?

MOR. La he recorrido velozmente.

CONDE. Leedla pues. (*levantándose y dándose la.*)

MOR. (*leyendo.*) «Ambrosio; el señor conde de Arezzó

quiere utilizar sus últimos días de mando para martirizar á mi hija, y no puedo ocultarla de otro modo

mejor, que enviándola á vos. A las diez en punto de

esta noche, saldrá Juana secretamente, y sola en un

coche; bajará por la calle de Bernuil y de Bac, en

donde se apeará. Apresuraos, y estad en el rincon de

esta última calle, á donde irá á buscaros. En seguida

la llevareis hasta Chaillot, y mañana partireis con

ella á Fontenebló, permaneciendo allí diez días. No

me escribais, porque vuestras cartas podrian indicar

su retiro. Despues Juana misma os dirá lo que haya

de hacerse.» Y son las diez menos dos minutos. (*mi-*

rando el reloj.)

CONDE. Ahora que todo lo sé, debo desear esa partida,

porque podré reunirme con Juana, sin temer la inter-

vencion de su madre.

MOR. En efecto.

CONDE. Y en vez de ocultármela, resultará que la conde-

sa misma la pone entre mis manos. Oh! Cuánto sen-

tiría que hubiese cambiado de idea! (*vá á la ventana*

y separa las cortinas.) Quitad esa luz para que no se

vea mi sombra. (*Morel coge la luz y la pone sobre*

el velador.) No hay nadie en el salon de la condesa!

Ah! Abren la puerta del vestibulo; son ellas, atravie-

san el patio... la condesa abraza á su hija... Partió!

(*se quita de la ventana y se pasea muy agitado.*)

MOR. Y qué hacemos? Porque como esa carta no ha

corrido, Ambrosio no estará, y Juana se volverá.

CONDE. No lo creais. Son ya las diez?

MOR. Dadas... en punto. (*se oye rodar el carruaje.*)

CONDE. Ah! El carruaje parte. Es preciso apoderarnos

de esa mujer. (*llama á la campanilla.*) No tenemos

un minuto que perder. (*á Simon que se presenta.*)

Traed otra luz; tengo que arreglar cuentas con el se-

ñor Morel, y queremos trabajar toda la noche. (*Mo-*

rel pasa como para sentarse á la mesa.)

SIM. Bien, señor conde.

CONDE. Sobre todo, que nadie nos interrumpa.

SIM. Descuidad, señor conde. (*sale Simon, el Conde echa*

los cerrojos; Morel le examina.)

CONDE. Venid, Morel; despachémonos.

MOR. Decis á vuestras gentes que quereis estar encerra-

do en vuestro cuarto, y os van á ver salir.

CONDE. No... (*abre la puerta secreta.*) Por esta puerta

secreta iremos al jardin, desde donde saldremos á la

calle sin ser vistos.

MOR. Bien. (*coge su sombrero. El conde coge dos dis-*

fraces de un armario y dá uno á Morel.)

CONDE. Tomad este disfraz... Yo me quedo con este

otro.

MOR. Y para qué me dais este embeleco?

CONDE. Porque asi lo aconseja la prudencia.

MOR. Y cuál es vuestro plan?

CONDE. Ahora no lo sé; ya lo pensaremos en el camino.

MOR. Pero...

CONDE. Quereis perder las huellas de Juana é ir conmi-

go á un encierro?

MOR. No.

CONDE. Pues partamos.

MOR. Ya os sigo.

CONDE. Pasad delante. (*haciéndole pasar por la puerta*

secreta.) Ah! Estas sortijasme venderian! (*se las qui-*

ta y las pone sobre la mesa.) Ahora que encomiende

su alma á Dios! (*sale despues de Morel.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una especie de sótano grande, dependiente de la habi-

tacion de Juan Claudio, en la carrera de los Hombres

buenos. Gran puerta abierta al fondo, la cual dá á un patio

pequeño, en el que se vé el coche marcado con el núme-

ro 226. Puerta lateral á la izquierda que dá á una cuadra. Jun-

to á esta puerta, en primer término, un gran cofre de ave-

na. A la derecha, en segundo término, una escalerilla de

palo que dá á un corredor, que termina en un cuarto es-

terior. Al alzarse el telon, Pedro está dormido sobre un

monton de paja, cerca de la escalera. Al fondo, á la iz-

quierda de la puerta grande, se ven algunas figuras de

yeso puestas sobre una tabla, propia para ser llevada so-

bre la cabeza: esta tabla está colocada sobre un banqui-

llo: otros dos banquillos; Juan está sentado á la izquier-

da, ocupado en charolar un arreo de caballo. Esparcidos

por todas partes arneses, fustas y otros objetos que esta-

rán colgados en las paredes. La señora Marta entra por

el fondo trayendo un cesto, y sube la escalerilla de palo.

Trae puesto un gran gorro ó cofia blanco.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, PEDRO, durmiendo; LA SEÑORA MARTA.

JUAN. Hola! Estais ahí, señora Marta? (*viéndola.*) Espe-

rad un momento, que voy á daros una cosa para la jo-

ven que tenemos recogida. Tomad. (*va al patio; abre*

su coche. Durante este tiempo, la señora Marta que ha

continuado en subir la escalera, ha desaparecido: Juan

vuelve á la escena, trayendo un paquetito en la ma-

no.) Se ha marchado?... Ah!... siempre me olvido

que la pobre es mas sorda que una tapia... Otra vez será..... porque si grito, despertaré á Pedro. (*pone el paquetito sobre un banco.*) y el pobre necesita dormir... Hace cinco dias que con motivo de la feria, no descansa un momento con sus monigotes al hombro... Le dejaremos dormir hasta mañana, que irá como lo tiene de costumbre, á distraerse oyendo las causas criminales... Ola, las doce y media ya. (*ha mirado su reloj y despues toma dos cubos.*) La fuente estará ya abierta, y es preciso ir por agua, para dar de beber á mis caballos... (*sale por el fondo llevándose los cubos.*)

PED. Eh! ¿quién anda ahí? (*se rebulle sobre la paja y se levanta de repente con sobresalto, mirando á su alrededor.*) Ah! Pues si es una mosca que me ha picado!... (*se levanta y vé el coche.*) Ola! Juan ha vuelto... Juan?... (*vá á mirar en la cuadra.*) No está en la cuadra!... Estará en su cuarto... (*deteniéndose cerca de la escalera.*) No puede ser... su cuarto está ocupado por la jóven, cuya historia me ha contado la señora Marta.

JUAN. Qué es lo que te ha despertado, Periquin? (*aparece en el fondo trayendo los cubos llenos de agua.*)

PED. Una mosca.

JUAN. Allá voy, Marengo, allá voy. (*mirando á la cuadra.*)

PED. Dale de beber, y mientras me comere un pedazo de pan. (*Pedro abre el cofre, coge un pan, le corta un pedazo y come; Juan ha entrado en la cuadra con los cubos y sale al punto.*)

JUAN. Ea! ya está todo... Dime, has ganado mucho con tus monigotes? (*limpian los arreos que están colgados por la pared.*)

PED. He vendido unos quince, y voy á reponer los huecos. (*saca de un cofre muchas figuras y las vá colocando en la tabla.*)

JUAN. No debiste salir ayer, con el dia tan fatal que estubo...

PED. Es verdad; y así hubiera podido ir al juicio de la tahonera, que estaba acusada de tener dos maridos. (*dice todo esto comiendo y arreglando figuras.*)

JUAN. Creo que ha sido condenada á diez años de reclusion? (*arreglando los arreos.*)

PED. Estuviste?

JUAN. No, lo supe en la prefectura.

PED. Pues qué fuiste á hacer en la prefectura?

JUAN. Fui á depositar una cartera, que dejó olvidada en mi coche un jóven...

PED. Si, cuando te zambulliste en el Sena. (*acercándose á él.*)

JUAN. Cómo lo has sabido?

PED. Esta mañana, cuando llegué, subí á tu cuarto, y la señora Marta, que estaba allí, al lado de esa jóven, me contó lo ocurrido, añadiendo la jóven que te debia la vida.

JUAN. A mí? Y tambien á Marengo.

PED. A tu caballo?

JUAN. Oyeme. Volvia el jueves por la noche de la plaza de los Bosques, y al dejar la calle de Rivoli, Marengo se inclinó hácia la izquierda, para marchar por la orilla del agua... Como no tenia que hacer, le dejé andar, pero no habiamos llegado á lo alto del puente de Jena, cuando percibo como una cosa pesada que cae en el Sena. Ya sabes que el rio por allí tiene poca agua, y por eso bajé con mi coche por lo largo de la verja y vi claramente que el golpe procedia de una muger que luchaba con la muerte. Sin vacilar un momento, me arrojé al agua, logrando con mil fatigas salvar á la pobre muger... El pobre Marengo, que me sigue siempre como un perro, estaba junto á mi, y gracias á esto pude meter á la jóven en el coche, y traerla aqui por primera medida. Desperté á la señora Marta; nuestra

vecina, y al médico del lado, y los dos acudieron. Si viesses, Pedro, que noche pasamos! Al dia siguiente, la jóven no era una muger, era una loca devorada por la fiebre, pero quiso Dios que se serenase un poco, y que, segun el médico, esté ya fuera de peligro.

PED. Y sabes si se echó voluntariamente al agua?

JUAN. Lo que sé es, que se ahogaba. Anoche me pidió que la acompañase á la casa de un tal Ambrosio; pero alli supimos que este habia ido hacia dos dias á ver á su hermana, que vive en Melun... por lo cual nos volvimos aqui.

PED. Y qué te ha dicho de su historia?

JUAN. Parece que iba aquella noche á la casa de Ambrosio; y que al llegar á la esplanada, dos ladrones enmascarados se precipitaron sobre ella, la arrancaron el reloj y el collar, y la arrojaron al agua.

PED. Voy á la casa del comisario á darle parte. (*escapándose.*)

JUAN. No, no, (*deteniéndole.*)

PED. Si, si; á mi me gustan mucho estas cosas...

JUAN. Crees que yo no tuve tambien ganas de dar parte?

PED. Y qué te lo impidió?

JUAN. La pobre jóven, que me ha suplicado espere á que haya vuelto con su familia, y que está aun muy mala para esponerla á nuevas emociones... No sabes cómo se llama?

PED. No.

JUAN. Juana, como mi hija.

PED. Pobre Juana!

JUAN. Que será de mi hija y de Genoveva? (*pensativo.*)

PED. (No las puede olvidar el pobrecillo!)

JUAN. Diez y ocho años hará bien pronto! (*pensativo.*)

PED. Juan! Juan!.. Te parece que vayamos á ver á esa señorita?

JUAN. Si, la distraccion le hará provecho. Entra tu primero, y cumple la comision de que voy á encargarte.

PED. Di.

JUAN. Cuando se vistió ayer, para ir á la casa de ese Ambrosio, echó de menos su gorro, y como yo no podia ofrecerle ninguno de la señora Marta, al pasar esta mañana por el mercado, vi uno y le compré. (*coge el paquete.*) Yo no sé de qué modo ofrecérselo, y por esto vas á dárselo de mi parte.

PED. Corriente. (*tomando el paquete.*)

JUAN. Entretanto doy la última mano al collar de Marengo, y corro á reunirme contigo. (*vuelve á su faena.*)

PED. Y mas adelante yo tambien le haré mi regalo... hasta luego. (*sube la escalera.*)

JUAN. Cuidado que no le hables del comisario.

PED. No faltaba mas. (*desaparece.*)

ESCENA II.

JUAN; despues el CORONEL ENRIQUE.

JUAN. Que contento estoy con que Pedro haya venido á mi lado! Así sentiré menos tambien el vacio que dejará en mi alma la marcha de esa joven. Ayer noche, cuando estaba á su lado, y la candela alumbraba su rostro, crei un instante que veia á Genoveva como hace veinte años! (*se queda pensativo.*)

ENR. Si... aqui es... número 226. (*entrando por el fondo y mirando al coche; despues señalando á Juan.*) Este es el cochero sin duda!

JUAN. Quién será este hombre?

ENR. Me he dejado olvidada en vuestro coche una cartera.

JUAN. Era vuestra! Pues id por olla á la prefectura, en donde la he depositado.

ENR. Esta mañana me ha sido enviada.

JUAN. Entonces á qué venis?

ENR. Como esa cartera, ademas de unos billetes de banco, contenia unos papeles que son para mi de una importancia incalculable, afectado profundamente por vuestra providad, he venido á entregaros la justa recompensa.

JUAN. Caballero, el que se apodera de lo que no esuyo, comete un robo; y el hombre que no roba, no merece recompensa, porque cumple su deber.

ENR. Señor Juan, sois un hombre honrado! (despues de un movimiento.)

JUAN. Asi lo creo.

ENR. Y quiero haceros una proposicion.

JUAN. Hablad.

ENR. Quereis entrar á mi servicio? Poneros al frente de mi caballeriza?

JUAN. Mil gracias; pero la librea no se aviene con el traje militar que he llevado tanto tiempo.

ENR. Habeis servido?

JUAN. Durante catorce años.

ENR. Perdonadme. Sé muy bien que teneis razon, porque yo tambien soy soldado, é hijo de soldado.

JUAN. Sois militar? Yo lo fui desde el 95 hasta el...

ENR. Hariais las campañas de Italia?

JUAN. La primera y la segunda; y entre una y otra la de Egipto.

ENR. Y cómo no llegasteis á oficial?

JUAN. Porque no sabia ni leer ni escribir... y ved lo que son las cosas!.. Despues que degé el servicio, aprendi un poco de esto, porque como para ser cochero es preciso leer los nombres de las calles, y los números de las casas...

ENR. Tengo que ofreceros otro empleo.

JUAN. Decid.

ENR. Los guarda-bosques llevan un uniforme igual que el de los Veteranos. Gracias á mi posicion en el ejército de ocupacion de Italia, puedo brindaros con un empleo de Guarda en las selvas del Piamonte.

JUAN. Muy feliz me consideraria, caballero, muriendo en el Piamonte, desde donde se ven las cimas de los Alpes... pero no puedo dejar esta profesion, mientras que viva Marengo.

ENR. Quién es Marengo?

JUAN. Mi caballo, el veterano... Estuvimos juntos en Marengo, en donde un sablazo que venia á mi directamente, le cortó la oreja izquierda...

ENR. Pues tened entendido, que el empleo de guarda que os ofrezco, estará á vuestra disposicion siempre que me reclameis el cumplimiento de mi palabra.

JUAN. Acepto para mas adelante.

ENR. Cuando querais saber mi residencia, preguntad en el depósito de la guerra. (dándole una targeta.) Ved ahí mi nombre; me llamo el coronel Enrique Roger.

JUAN. Un general hubo de ese nombre. (tomando la targeta.)

ENR. Era mi padre.

JUAN. Vuestro padre?

ENR. Mi padre, fusilado en el Monte-Cenis, víctima de una infame traicion.

JUAN. Oh! si! Y sois hijo del General?

ENR. Servisteis quizás á sus órdenes?

JUAN. No! no! Yo me llamo Juan el Montañés, y comencé mis servicios en otra época...

ENR. No importa, reitero mi promesa.

JUAN. Gracias, Coronel.

ENR. A Dios.

JUAN. Os acompañaré. (sale con Enrique por la cuadra

izquierda. En el instante mismo aparece Pedro en la escalera y baja con precaucion.)

ESCENA III.

PEDRO, JUANA; poco despues, JUAN.

PED. No digo hablar... Venid, señorita... (á Juana que está del lado de afuera.) Ya no hay nadie.

JUA. Se ha marchado ya el señor Juan? (bajando con inquietud, trae puesto el gorro que le dió Juan.)

PED. No! El coche está aun en el patio. Quereis que le llame?

JUA. No; no le incomodeis.

PED. Aqui está. (vién tole venir por la cuadra.)

JUAN. (viene hablando para si.) El hijo del general Roger? Estas ahí, Pedro? Y vos tambien, señorita?

JUA. Os esperaba, para daros gracias por el regalo que me habeis hecho. Qué tal os parece?

JUAN. Oh! Estais bellissima!.. No por el gorro, que no vale nada, sino porque habeis recobrado los colores. (Pedro se apresura á ofrecer un banquillo á Juana, que ella acepta y se sienta.)

JUA. Veo, señor Juan, que tenemos que hacer un gran arreglo de cuentas; tantos cuidados, tanta bondad, y tanto dinero gastado por causa mia...

JUAN. Dinero, señorita? No lo creais.

JUA. Y aun tengo que exigir una cosa á vuestra inagotable bondad.

JUAN. Decid, señorita.

PED. (Si fuera un chal, le ofreceria el que he comprado á la frutera que me cuida el cuarto... voy por él.) (lo busca en el cofre de la avena.)

JUA. Creo que ya hace cuatro dias que estoy en vuestra casa?

JUAN. Sí, señorita, cuatro dias.

JUA. He recordado, al verme libre de la fiebre, que debo mucho á Dios y á vos, y conozco que necesito ver á mi madre.

JUAN. Oh! Cuánto estará sufriendo vuestra pobre madre!

JUA. No: felizmente no me espera, porque me creé en viage.

PED. Pues eso es una ventaja! Y vuestro padre? (se acerca trayendo oculto á la espalda el chal.)

JUA. Mi padre? Por huir de su lado, (Pedro de vez en cuando mira á hurtadillas y con satisfaccion el chal.) emprendí el viage que es causa de la desgracia que lamento.

JUAN. No os quiere quizás?

JUA. Mi madre perdió su primer esposo.

JUAN. Es decir, que ese otro es vuestro padrastro solamente?

JUA. Sí; y por su causa no corfo ahora mismo á abrazar á mi madre, viéndome obligada á esperar hasta mañana. (se levanta.) El favor que os pido, es que me dejéis avisarla en secreto... no de la desgracia ocurrida, si no de la visita inesperada que quiero hacerle. Tendreis reparo en llevarle una carta mia? (durante esta escena, Pedro ha pasado al otro lado, mostrando el chal lleno de satisfaccion.)

PED. (Ahora pide el chal.)

JUAN. Lo haré con mucho gusto, señorita.

JUA. No entregareis la carta mas que á ella sola, porque si cayese en manos de mi padrastro, podria resultar alguna desgracia.

JUAN. Tranquilizaos... Ya se acerca la noche, y de camino que me consagro á mi faena... Vive en París vuestra madre?

JUA. Calle de Vernuil, número 8.

JUAN. Número 8? Me parece que os equivocais de número.

JUA. No. Ese es un palacio magnífico!
 JUA. Que pertenece á mi madre.
 JUAN. A vuestra madre? (*Pedro empieza á liar su chal pesaroso.*)
 JUA. Y una vez allí, rogáreis al portero que os conduzca á donde esté la señora condesa de Arezzo.
 JUAN. Qué, señorita!... Sois hija de una condesa?
 JUA. Sí.
 PED. (Hija de una condesa! Ir á ofrecerle un chal de frutera á una señorona así; mi gozo en el pozo.) (*ap. retrocediendo y llevando el chal al cofre.*)
 JUAN. Y yo me he atrevido á ofrecerle ese gorro en vez de un sombrero lujoso? Perdonadme, señorita.
 JUA. Este gorro, señor Juan, no lo cambiaria por una diadema... y será para mi siempre el mas glorioso recuerdo de mi vida.
 PED. (De veras? Pues voy á ofrecerle el chal.) (*ap. desdoblándole otra vez.*)
 JUAN. A dónde vás, imbécil? No ves que ese chal es un arapo? (*bajo á Pedro al acercarse con el sombrero quitado.*)
 PED. (Vale mas que tu papalina.)
 JUAN. (Eh! Vete!) (*ap. á Pedro que se retira murmurando y doblando el chal.*) Cuando gustéis, señorita.
 JUA. Voy á escribir.
 JUAN. Pedro os acompañará, y os dará los avios necesarios.
 PED. Cuando gustéis, señorita... (Vaya! Un chal que me costó dos francos!)
 JUAN. Mientras escribis esa carta, preparo mis caballos.
 JUA. Bien.
 PED. Por aquí, señorita. (*sube la escalera y Juana le sigue.*) (Quiere decir, que le daré el chal á la frutera para que me haga un chaleco.)

ESCENA IV.

JUAN, solo; el cual los ha seguido con la vista.

Su padrastro la hace desgraciada?... A una niña que es un ángel, un tesoro?... Hay cosas que no pueden comprenderse... Vamos al trabajo! (*yendo á cojer un collar que está junto á la puerta de la cuadra.*) Es la hija de una condesa... y mi Juana tambien debe serlo, porque Genoveva era de noble familia; en dónde está el látigo? (*lo busca y se lo pone al cuello.*) Aquí está. Juana debe tener bien pronto veinte y un años.... Acaso estará ya casada... Si es que Dios la ha conservado la vida... Sí, sí; se la habrá conservado, porque yo he rogado mucho por ella, y cuando dentro de unos dias sea el aniversario de su nacimiento, iré á decir una misa para que Dios la haga feliz... como lo hago todos los años... Pero me estoy entreteniendo con vanas quimeras, y me olvido de esa pobre niña... En dónde está el látigo?... Yo lo tenia ahora entre mis manos... Ah! Si me lo he echado al cuello! Cuando pienso en estas cosas, no sé ni lo que hago, ni lo que digo...

ESCENA V.

JUAN, PEDRO.

PED. Juan! Juan! tú necesitas ocuparte con el coche... yo iré á llevar esa carta... Tú no debes encargarte de eso. (*viene por la escalera y demuestra mucho azoramiento.*)
 JUAN. Por qué motivo? (*observándole.*)
 PED. Oyeme!... Ahora, cuando la señorita se puso á escribir, le dije yo: «Pues si vuestra madre es condesa,

tambien lo seréis vos.» «No,» me contestó; los padres solamente dan los títulos á los hijos, y mi padre era un pobre que murió hace tiempo en el Monte-Cenis, sirviendo de guia á un general francés!

JUAN. Dios mio!
 PED. Y cómo se llamaba, le pregunté? Juan Thibaut, me contestó.

JUAN. Es mi hija! Es mi Juana! (*se dirige á la escalera.*)

PED. (*deteniéndole.*) A dónde vás?

JUAN. Estás bien seguro de lo que me has dicho?

PED. Y estoy bien seguro tambien, de que la condesa de Arezzo... es Genoveva.

JUAN. Ambas viven! Oh! Ahora veo por qué el cielo me ha guardado de la metralla durante doce años! Me ha guardado, porque debia un dia arrancar á mi hija de la muerte! Ah! Con que es decir que esa niña cándida y hermosa, es el ángel que yo mecí en mis brazos? Dios mio! Dios mio! Ya estoy recompensado de todas mis penas! (*con delirio.*) Conduceme á su lado... llévame á abrazarla!

PED. Cálmate, Juan; es preciso no dejarse arrastrar... porque... yo... tampoco soy muy sólido... y ya ves... cómo lloro tambien.

JUAN. Es que tú no eres su padre.

PED. Cómo es eso? Y no soy su padrino?

JUAN. Sí, sí, tienes razon, Pedro. (*tendiéndole los brazos.*) Pobre viejo, como yo. (*Pedro se arroja en sus brazos; Juan se enjuga las lágrimas.*) Quién creeria que Dios la ha traído á la casa de su padre?

PED. Y Dios tambien ha sido quien la inspiró la idea de impedirte que fueses á declarar el caso al comisario... Porque entonces hubiera sido forzoso comparecer tú, tu hija, la madre y el padrastro... y la justicia, que tiene siempre los ojos como barreños, hubiese hallado otra muger con dos maridos.... y ya sabes lo que le ha pasado á la pobre tahonera.... Diez años de presidio....

JUAN. (*vivamente.*) Pero Genoveva no es culpable! Ella me creia muerto; ella no queria volverse á casar. Juana nos lo ha dicho, y que por ella se sacrificó, contrayendo ese nuevo enlace.

PED. Todo eso está muy bien. Pero la ley es la ley! Tú has dejado creer que estabas muerto, y no estabas muerto. Y luego, que Genoveva seria pobre contigo, es rica y condesa con otro... Figúrate si se descubriese que vive su primer marido...

JUAN. Tienes razon... si... podrian deshonrarla... y no lo permitiré jamás. Pero qué medio emplear? Genoveva querrá ver al que ha salvado á su hija...

PED. Pues eso es lo que hay que evitar.

JUAN. No temas nada... no sucederá. Genoveva no me verá nunca. Me han ofrecido un destino en el Piamonte y tengo aquí la tarjeta del coronel que me lo ha ofrecido... Voy en su busca... Ya ves, Pedro, cómo se gobierna todo.

PED. Calla! Aquí está tu hija!

JUAN. Ella es! (*con éxtasis. Juana aparece y baja la escalera.*)

ESCENA VII.

Los mismos, y JUANA.

JUA. Aquí está mi carta, señor Juan.

PED. (*adelantándose.*) Yo soy, señorita, quien vá á llevarla. Juan está algo cansado, y yo he dormido como un cachorro... Pero descuidad; vuestra carta será fielmente entregada á la señora condesa.

JUA. Os doy las gracias de antemano. (*le dá la carta.*)

PED. Juan! Eh! buen viejo! Eh! Quieres darme un cepillon? (*á Juan que considera con éxtasis á Juana.*)

JUAN. Si, con mucho gusto.
 PED. (á media voz.) Que no te vayas antes que yo vuelva.
 JUAN. (bajo á Pedro.) No; esperaré á que mi hija se haya dormido para darla un abrazo.
 PED. Andando! (cogiendo la tabla de las figuras de yeso.)
 JUAN. Y cuidado! (ayudándole.)
 PED. Ajá... (con la tabla en la cabeza.) Hasta la vuelta; señorita Juana... Hasta luego, Juanillo. Santi, boniti, barati! (sale gritando y repitiendo la voz.)

ESCENA VII.

JUAN, y JUANA.

JUA. (que ha quedado pensativa, dice ap.) Dentro de poco leerá mi madre mi carta, y mañana la veré en secreto en casa del coronel Roger.
 JUAN. (Mañana iré á la casa del coronel Roger á pedirle el nombramiento de guarda..... pero entre tanto puedo pasar algunas horas al lado de mi hija.)
 JUA. Me vais á hacer compañía, señor Juan?
 JUAN. Si, señorita; vamos á subir juntos al lado de la lumbre.
 JUA. Quereis darme el brazo, señor Juan? (acercándose á él.)
 JUAN. Con mil amores, señorita. (contemplándola.) (Hija de mi corazon! (Juana le coge el brazo y el telon cae mientras que suben la escalera. Juan vá profundamente conmovido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon en casa del coronel Enrique; puerta al fondo y otra á la derecha; á la izquierda balcon con puertas de cristales. Un confidente á la derecha. Muebles, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, despues BENITO.

ENR. Por fin ha escrito Juana! (sentándose en el confidente.) Hoy debe salir de Fontenebló para reunirse en secreto con su madre. Espero que no habrá necesidad de una nueva ausencia, puesto que el conde de Arezzo consiente en la boda y se ha reconciliado con la condesa. Cuanto va á sorprenderse Juana al saber un cambio tan repentino y extraordinario! Ah! la carta del emperador ha hecho un milagro!
 BEN. (entrando.) Estoy á vuestras órdenes, señor coronel.
 ENR. Os estaba esperando, Benito! Sabéis á qué hora llega la diligencia de Fontenebló?
 BEN. Por lo regular de doce á una.
 ENR. En donde para?
 BEN. En la plaza Delfina.
 ENR. Tomad mi carruaje, é id á ese punto. Ya conocéis á la hija de la señora condesa de Arezzo, así que la veais apearse de la diligencia, la direis que en nombre mio vais á recibirla.
 BEN. Está bien, señor coronel. (se oye llamar.)
 ENR. Ved quién llama. (sale Benito.) Será, tal vez, algun mensaje de casa de la condesa.
 BEN. (anunciando.) La señora condesa de Arezzo.
 ENR. Que no se detenga. (ella aparece.)

ESCENA II.

ENRIQUE, la CONDESA, BENITO.

CON. Tengo que hablaros, coronel.
 ENR. Id, Benito; no tardeis un instante. (Benito saluda

y vase.) Me venis á anunciar alguna mala nueva?
 CON. Al contrario, vengo á daros muy buenas noticias.
 ENR. El criado que habeis visto, vá en nombre mio á recibir á vuestra hija. (la indica que se siente, y lo hace en el confidente.)
 CON. Estará aqui dentro de dos horas, porque la diligencia llega á las doce y media.
 ENR. Continúad ahora.
 CON. Recordareis que ayer noche, cuando salisteis de casa, me dejasteis sola con el conde?
 ENR. Es verdad.
 CON. Pues bien; tuvimos una larga conferencia con respecto á Juana. Hallé al conde tan arrepentido de su conducta, que despues de acusarse de la frialdad que habia demostrado, me hizo mil elogios de vos, y me dijo que deploraba el alejamiento de mi hija, por lo cual se consideraria muy feliz acelerando vuestro enlace; al que prestaba desde luego el consentimiento que hasta aqui habia negado.
 ENR. Mucho ganamos en que la boda se celebre sin violencia.
 CON. Teneis razon, Enrique; y con el deseo de llegar á ese fin, he anunciado al conde, que hoy esperaba ver á Juana.
 ENR. Le habeis leído su carta?
 CON. Oh! no. Los términos en que venia escrita se oponian á ello; pero he forjado una mentira. Le he dicho que aun cuando Juana estaba ausente por diez dias, me habia ofrecido que al quinto vendria en secreto á París, y á vuestra casa, con objeto de abrazarme... que este dia era llegado... Que Juana, fiel á su promesa, estaria aqui, y que podriamos, participándola lo que su padre habia resuelto, impedirle que partiese de nuevo.
 ENR. Perfectamente.
 CON. El conde, al oír que esperaba ver hoy á mi hija, no ha podido ocultar una cierta emocion, y me ha rogado que le permitiese reunirse aqui con nosotros, á fin de comunicarla él mismo su resolucion. En su consecuencia, va á venir, y me he adelantado para que esteis prevenido.
 ENR. Nuestra ventura se realiza, señora condesa.
 CON. Despues que os he comunicado mis esperanzas, debo participaros mis temores.
 ENR. Cuáles son? (tomando una silla y sentándose junto á ella.)
 CON. No puedo definirlos, y esta carta de Juana es la causa de ellos. Ved, ante todo, qué estrañamente cerrada está.
 ENR. Ya sabéis que en las posadas los medios de escribir son fatales.
 CON. Además, Juana llevó siempre consigo, suspendido del reló, su sello; y falta aqui.
 ENR. No deja de ser estraño!
 CON. Ved esa letra desfigurada. (ha abierto la carta.)
 ENR. En efecto.
 CON. Y ahora, escuchad su estilo sombrío. «Madre querida, no puedo vivir lejos de ti, y no obstante, temo encontrar al conde, á ese hombre malvado, que me mataria si Dios no velase por nosotros. A eso de las doce del dia llegaré á la casa del coronel; espero que estarás alli antes que yo, y que llevarás pensado el medio que deberá emplearse para vivir oculta en donde puedas consolar á tu querida hija, que te adora, Juana.»
 ENR. En efecto, esa carta respira una tristeza indefinible... Oigo un carruaje. (asómase al balcon.) Es el del conde... ocultad esa carta... Voy á recibir á vuestro esposo.

ESCENA III.

La CONDESA sola.

No sé explicarme el motivo, pero siento una inquietud... (oculta la carta; se quita el sombrero y lo pone sobre una silla en el fondo izquierda.)

ESCENA IV.

La CONDESA, el CONDE, ENRIQUE, MOREL.

ENR. Entrad, señores; la señora condesa os espera.

CONDE. Coronel, me he tomado la libertad de traer en mi compañía al señor Morel, mi íntimo amigo, el cual podrá servirnos de mucho.

ENR. Muy bien venido, caballero.

MOR. Coronel, me hacéis demasiado honor.

CONDE. No ha llegado aun mi hija?

CON. No tardará. (Enrique les brinda con tomar asiento y todos lo aceptan.)

ENR. Señor conde, vuestra esposa me ha comunicado la agradable nueva de que estais dispuesto en favor nuestro.

CONDE. Así es, señor coronel. Y como estamos ya en el caso formal de tratar de los intereses, he traído conmigo al señor Morel, el cual es portador de las cuentas de mi tutela.

MOR. (enseñando unos papeles.) Aquí están.

ENR. (tomándolos.) Desde hoy encargaré á mi escribano de su exámen y de la redaccion del contrato de casamiento. Me parece que oigo pasos.

CON. Será mi hija sin duda. (todos se levantan y Benito aparece en el fondo.)

ESCENA V.

Los mismos y BENITO.

ENR. Qué nuevas traeis? (yendo á él.)

BEN. La hija de la señora condesa no ha llegado en la diligencia de Fontenebló.

CON. Imposible!

CONDE. No venia en ella? (mira á Morel.)

BEN. No señor.

ENR. Hay otros carruages que pasando por Fontenebló recogen viajeros?

BEN. Hay diligencias de Lyon y de Orleans, pero no llegan hasta la noche.

ENR. Está bien. (Benito sale.)

CON. No puedo explicarme esta tardanza. Presiento alguna desgracia, y voy yo misma...

CONDE. No os alarmeis, señora. Tened presente que en los cinco dias que hace se comprometió vuestra hija á venir á París, puede haber ocurrido alguna cosa que, aunque insignificante, retarde su venida.

CON. Me hubiera escrito para prevenirme.

CONDE. En efecto; y como no os ha escrito... (se oye llamar.)

ENR. (vivamente.) Han llamado?

CON. Será ella?

ENR. Tal vez... (la hace pasar delante de si y sale con ella.)

ESCENA VI.

El CONDE, MOREL, poco despues la CONDESA, JUANA, ENRIQUE.

CONDE. (á media voz.) Morel, esta es la hora del golpe.

MOR. La condesa partirá sin duda para Fontenebló.

CONDE. O irá en busca de Ambrosio.

MOR. El coronel no tendrá tiempo de ocuparse del escribano, ni de las cuentas que me habeis dictado: yo temo que la condesa conozca su desgracia, y se aleje de nosotros...

CONDE. La desaparicion de las alhajas de Juana aleja de nosotros toda sospecha.

MOR. Si; pero sois el heredero de la señorita Juana.

CONDE. Soberbia razon á fé mia! Olvidais que á las diez y media estábamos en mi cuarto, en presencia de mis criados, y que una hora despues nos servian la comida en ese mismo cuarto, del cual salimos sin notar lo nadie?

MOR. Es verdad.

CONDE. Ya vuelven, finjamos bien!

ENR. (entrando.) Señor conde, ved á vuestra hija.

CONDE. Mi hija! (con un espanto incrédulo.)

JUA. Si, padre mio! (entra con la condesa; el conde queda inmóvil. Morel temblando.) Acaban de decirme que consentis en mi enlace... No me respondeis?

CONDE. (temblando.) Ya ves... estábamos tan inquietos...

JUA. Las inquietudes han desaparecido; abrazadme. (el conde casi sin sentido, se inclina y la abraza; Juana dice yendo hácia su madre.) Madre mia! Enrique!.. Si supieseis cuanto he sufrido lejos de vosotros!

CON. Qué has sufrido, hija mia?

JUA. Sabed que Ambrosio, no recibiendo, tal vez, la carta que le escribiste, no acudió al parage designado; yo entonces, con la esperanza de hallarle, seguí andando en direccion á Chailot. De repente, favorecidos por la oscuridad y por lo aislado del sitio, dos hombres enmascarados se arrojaron sobre mí!

CONDE. Qué infamia! (finjiendo temor)

CON. No te detengas.

JUA. Entre las manos de aquellos bandidos, perdí el sentido, en el instante mismo en que ellos, para destruir sin duda el único testigo de su crimen, me arrojaron al Sena.

CON. Hija mia! (rodeándola con sus brazos.)

ENR. Y á qué milágro debemos...

CON. Si... esplicanos..

JUA. Ignoro lo que ocurrió durante los tres primeros dias; solo sé que al cabo de este tiempo, un hombre, que á la sazón pasaba... un cochero, me habia sacado del rio, con peligro de su vida, y me habia llevado á su casa, velando noche y dia á mi cabecera, y hallando en su indigencia medios para socorrérme.

CON. Y el nombre de ese cochero?

JUA. Juan, como mi pobre padre.

CON. En dónde vive?

JUA. Se ha negado á venir conmigo, pero no podrá ocultarse á nuestro reconocimiento, porque sé que el número de su carruage es el 226.

ENR. 226 decis? Yo conozco á ese hombre.

JUA. Le conoceis?

ENR. Ayer, en la prefectura, he tomado noticias de él, y precisamente las tengo anotadas en esta cartera. (saca la cartera y lee.) 226, carruage al cargo de Juan, llamado el Montañés, que vive en la calle de Cassy, barrera de los Hombres buenos.

CON. Corro al momento á verle. (vá á coger su sombrero.)

BEN. (entrando.) Señor coronel, ahí está un hombre ya viejo, que me ha rogado os entregue al momento esta targeta. (se la dá.)

ENR. Esta targeta es mia, y hay escrito por el respaldo: «Lo he reflexionado mejor, señor coronel, y os suplico me proporcionéis la plaza de guarda que me habeis ofrecido.» Es el montañés! Quedaos, señora con-

desa... El hombre que me envia esta targeta, es Juan el cochero. Que entre ese hombre! (á Benito que se retira.)

JUA. Juan el cochero!

CON. El cielo nos lo envia. (deja el sombrero.)

ENR. Venid, señor Juan, venid! (á Juan que está fuera.)

ESCENA VII.

Los mismos, y JUAN.

JUAN. Oh! perdonadme... tantas personas... (se detiene al ver tanta gente.)

ENR. No son estrañas para vos. (deteniendo á Juan que hace un movimiento para irse.)

JUA. (corriendo á él.) Son amigas vuestras.

JUAN. Señorita Juana!

CON. Y su madre, que quiere bendecir al salvador de su hija! Ah! (lanza un grito al reconocerle.)

CONDE. (acercándose.) Qué teneis, señora?

CON. Cielos! No es un sueño! No es un sueño! Ah! ah! (con delirio y sofocada por los sollozos está á punto de caer. Juana y Enrique corren á su lado. Juan tiene un impulso involuntario para socorrerla, pero lo contiene y baja al proscenio.)

JUA. Madre mia!

ENR. Señora!

CON. Llevadme fuera de aquí!

ENR. Venid; tantas emociones os habrán alterado.

CON. (Juan Claudio vive!) Ven, hija mia! (deteniéndose en la puerta á donde es conducida por Juana y Enrique, que se la llevan puerta derecha.)

ESCENA VIII.

El CONDE, MOREL y JUAN.

JUAN. (Oh! qué desgraciado soy!) (con dolor.)

CONDE. Juan, llamado el montañés... (observándole y reflexionando.)

MOR. (acercándose al conde, le dice en voz baja.) Vuestro sino es maldito!

CONDE. Quién sabe! Tengo una sospecha... Déjame solo con ese cochero.

MOR. (Qué podrá esperar?) (ap. mirando á Juan y al conde; sale por el fondo.)

ESCENA IX.

El CONDE, JUAN.

JUAN. Huyamos de esta casa... (se dirige al fondo.)

CONDE. Deteneos, buen hombre. No puedo dejaros partir de ese modo, cuando os debo la vida de mi hija.

JUAN. Ah! Sois su padre! (no pudiendo ocultar un movimiento de espanto.)

CONDE. Yo, que he venido á ser el segundo marido de Genoveva Thibaut, viuda del padre de la señorita Juana. (le observa.)

JUAN. Teneis una hija muy amable, muy bella. (con calma.)

CONDE. Cuya vida os debo, lo repito; por lo cual quiero... deseo y espero que mi casa sea, por decirlo asi, la vuestra.

JUAN. Desgraciadamente, señor conde, me veo en la necesidad de dejar la Francia.

CONDE. Tan pronto?

JUAN. Parto dentro de una hora... Algunos compañeros me esperan, y...

CONDE. Pero la señora condesa quedaria inconsolable si salieseis de aquí sin haber podido daros las gracias, y

veros á solas... Voy, pues, á prevenirla. (va á abrir la puerta derecha.)

JUAN. No, no... soy un soldado viejo algo rudo... y no sé hablar con las damas de la nobleza... Quiero mejor ausentarme, y vos arreglareis esa cuestion de etiqueta.

CONDE. Qué locura! Aquí llega felizmente, y para no incomodaros, os dejaré á solas.

JUAN. (Dios mio! Enmudeced mi corazon.) (el conde se retira al fondo como para salir, y se oculta rápidamente detrás de las cortinas del balcon de la izquierda. La condesa viene puerta derecha.)

ESCENA X.

Los mismos; la CONDESA, el CONDE, oculto.

CON. (con voz conmovida.) Perdonadme, señor Juan, si la emocion me obligó antes á dejaros... En dónde está mi esposo? (mirando al rededor.)

JUAN. Estaba aquí... (Ah! Se habrá ocultado!)

CON. (Nos escucha! He visto moverse las cortinas del balcon.)

JUAN. (Desconfiemos.)

CON. Sin vos, señor Juan, la muger que os habla en este momento, habria ya espirado de dolor. (mirando siempre á las cortinas con impaciencia.)

JUAN. Mucho amais á vuestra hija.

CON. Yo quisiera que mi gratitud pudiese igualar al valor con que habeis volado á su socorro.

JUAN. Oh! mi valor!... Lo que para unos es mucho, para otros no es nada... Cuando como yo se ha servido en el ejército doce años... Cuando se ha hallado uno en cien batallas, (movimiento de la Condesa.) y se ha espuesto á mil peligros... se ha aprendido de memoria que es preciso ayudarnos mutuamente; que es una obligacion levantar al pobre que cae, y tender la mano al que está de pie... y con esta conviccion en el alma, Dios coloca á los unos en el camino de los otros...

CON. Oh! Teneis razon! El cielo en sus inescrutables misterios, es el que envia á los fuertes al socorro de los débiles... El cielo es el que reune y el que separa...

JUAN. (ap. conteniéndola.) Se nos escucha, estoy seguro.

CON. Al cielo es á quien debo el poder bendecir hoy al hombre que no conocia ayer. (la Condesa ha sacado furtivamente el medallon del pecho y lo muestra á Juan.) Teneis hijos, señor Juan? (al decir la Condesa las últimas palabras, muestra á Juan el medallon de estaño del prólogo; Juan, que iba á hablar se queda confuso, y la condesa ahoga sus lágrimas y sollozos.)

JUAN. (temblando de emocion.) No, señora... soy soltero... Huérfano desde mi infancia... he estado siempre solo en el mundo. (saca el medallon igual y le enseña á la condesa sin moverse de su sitio.)

CON. (Es él!) Puesto que no teneis un hijo á quien pueda yo recompensar, quiero satisfacer en vos una deuda tan sagrada.

JUAN. Comprendo, señora... (fingiendo indiferencia y riendo y llorando á la vez.) Quereis pagarme por lo que he hecho?... Bien, bien; lo acepto... pero es el caso que ignoro cuánto vale mi trabajo.

CON. Aceptad este bolsillo. (dándole una bolsa; Juan Claudio duda; la Condesa le suplica con la vista, Juan tiende la mano y la coge sonándola.)

JUAN. No está vacia! Con él me considero recompensado. (diciendo estas palabras ha cambiado de mano la bolsa, se ha vuelto hablando, y la presenta á la Condesa, que se apresura á recogerla en silencio.) Gra-

cias, señora condesa... este dinero será mi familia.
 CON. (Pobre Juan Claudio!)
 JUAN. Echaré con él un trago á vuestra salud. Hasta mas ver, señora condesa. (*se aleja hácia la puerta.*)
 CON. Tengo aun que pedir os un favor.
 JUAN. Decid, señora condesa.
 CON. (Necesita un abrazo de su hija.) Antes de que partais... permitid que Juana... que... mi... mi hija venga á dar un abrazo á su... á su salvador...
 JUAN. A mi? No, no!
 CON. La pobre niña se considerará tan feliz con ese abrazo!
 JUAN. Si es... asi... consiento, señora condesa... (*conteniéndose.*) Pero es que... que estoy muy de prisa...
 CON. Corro á llamarla. (*vá á la puerta derecha, se detiene, parece dudar, se vuelve hácia Juan que la hace señas con el dedo en la boca, y que con el gesto la ordena la prudencia; ella lanza un profundo suspiro y sale. Juan, da un paso hácia la puerta. El conde abre las cortinas y aparece.*)

ESCENA XI.

JUAN, el CONDE.

CONDE. (No era él.)
 JUAN. Pobre Genoveva! La fortuna no la ha hecho feliz! (*saca el pañuelo y se enjuga los ojos.*)
 CONDE. (No obstante... no ha dicho nada del viage de que me habló, y espera á Juana...)
 JUAN. (Tenia razon! El cielo encierra misterios profundos... (*viéndole.*) El conde... Estaba escuchándonos. Bien lo imaginé!)
 CONDE. Habeis visto á la condesa?
 JUAN. (*conteniéndose.*) Si, señor conde.
 CONDE. (Qué conmovido parece! (*atraviesa la escena y vá á sentarse al confidente.*) No estoy muy cierto... y podría ser que en vez de quedarse entre los muertos Juan Claudio, hubiese seguido á los vengadores.)
 JUAN. (*examinándole.*) (En qué estará pensando?)
 CONDE. Es preciso someterle á una segunda prueba, mucho mas cruel en presencia de Juana.

ESCENA XII.

Dichos, JUANA.

JUA. Señor Juan, acaban de decirme que quereis partir?
 JUAN. Es preciso, señorita. (*el conde se levanta.*)
 JUA. Y os olvidais de mi? Y todo lo que tengo que decir os?
 CONDE. No seais impertinente, señorita. (*se coloca en medio.*) El señor Juan tiene pocos instantes disponibles, y los necesito yo para emplearlos en un asunto que me interesa.
 JUAN. Conmigo?
 CONDE. Si; con vos.
 JUA. Y creeis que nada sério tengo que decirle, señor conde?
 CONDE. No trato de apreciar la oportunidad de vuestra insistencia; os ruego que os vayais, y espero que me obedecereis.
 JUA. Pero me obligareis...
 CONDE. En fin, vuestro padre lo ordena... obedeced... Salid al momento. (*con imperio.*)
 JUA. (*indignada.*) Vos no sois mi padre, señor conde!
 CONDE. Lo sé muy bien, señorita, porque he cometido la irreparable falta de acogeros en mi casa... de venir á ser el esposo de vuestra madre, para encubrir con un nombre ilustre, el oprobio y la afrenta de un primer matrimonio deshonorible.

JUA. Deshonorible! No hay deshonor alguna en el primer matrimonio de mi madre... mi padre era pobre, es verdad...

CONDE. (*interrumpiéndola.*) Tan pobre, que vivia de la limosna!

JUA. Mendigo mi padre! (*aquí Juan, conteniendo un impulso de ira, se retira al fondo, desde donde considera á Juana.*)

CONDE. Asi me lo han asegurado. (*observando.*)

JUA. Es falso, señor conde! Mi padre era un carretero de la montaña, que traginaba noche y dia, y algunas veces con los pies desnudos, para llevar á su muger y á su hija un pobre salario... mientras que hay otros, como vos, señor conde, sin piedad y sin corazon.

CONDE. Señorita, abusais de mi paciencia...

JUA. Y los que ultrajan á la vez á los vivos y á los muertos...

CONDE. Basta.

JUA. Solo saben maldecir ó insultar...

CONDE. Señorita! (*furioso, lanzándose sobre ella; Juan baja y se interpone con furor, pero de pronto se contiene.*)

JUAN. Señor conde! Si alguna vez...

CONDE. Qué quereis? (*con calma.*)

JUAN. Yo? Nada... es que tengo la mala costumbre de meterme... en donde no me llaman...

CONDE. (En efecto, es Juan Claudio.)

JUAN. Como os vi levantar la mano... vine... porque yo... como ya os he dicho, me mezclo siempre en donde no debo... Mejor hubiese hecho en irme... Dios os guarde, señor conde. (Pero no puedo dejarla!) (*deteeniéndose á la puerta y volviendo al lado de Juana.*) Señorita, debo decir os que os marcheis á vuestro cuarto... El señor conde está irritado.

CONDE. (Tiembla por ella!)

JUAN. Retiraos, yo os lo suplico...

JUA. (*dudando.*) Pero señor Juan...

JUAN. Hacedlo por mi, señorita.

JUA. Por vos? Estais obedecido! (*vá á la puerta derecha; se despide de él con la mano y vase. Juan enjuga rápidamente una lágrima con la manga de su chaqueton.*)

CONDE. (Ha llorado! Su padre es!)

JUAN. Perdonadme, señor conde; conozco que os he ofendido... pero soy un pobre soldado viejo... sin educacion... que se arrebatara facilmente... y que comete mil torpezas! Soy incapaz de faltar á nadie... pero cuando se amenaza á una muger, y esta muger ademas... (*exaltándose.*) (Si permanezco aqui, todo se lo lleva el diablo! (*se escapa corriendo.*))

CONDE. (*triumfante.*) La condesa tiene otro marido! Me he salvado!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon en casa del Conde de Arezzo; puerta al fondo y otra á la derecha. A la izquierda una ventana. Mueblaje de lujo; una mesa á la izquierda, en primer término. Sillones, etc. Al alzarse el telon, Juan pasea en el salon con aire preocupado; Simon está arreglando los muebles.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, JUAN.

SIM. Vaya una idea la del señor Conde! (*mirando á Juan.*) Recomendarme que si venia un cochero de plaza, le hiciese entrar en el salon.

JUAN. (Si, debia acudir á la llamada del conde... (ha-

:

blando para si.) Ahora no puedo dejar Paris, porque mi huida aumentaria las suposiciones que sin duda abriga ese hombre! Qué me querrá?..)

SIM. Me gusta la franqueza! *(Juan se ha sentado distraido á la izquierda, Simon viene y le toca en la espalda.)* Eh! Cochero! Levantaos, que echais á perder esos sillones.

JUAN. Perdonadme, caballero. *(se levanta siempre pensativo y pasa al lado opuesto.)*

SIM. Cree que son nuestros sillones pescantes de coches! *(limpiando el sillón.)*

JUAN. *(Pero nunca podrá saber la verdad. (se sienta pensativo á la derecha.)*

SIM. Otra vez! Para eso, mejor era que no os hubierais levantado!

JUAN. Perdonadme... no habia reparado. *(levantándose y paseándose.)*

SIM. No sé por qué aguanta el señor Conde que ensucien el salon canallas como este...)

JUAN. *(Felizmente, nadie mas que Genoveva y Pedro saben que existe Juan Claudio.) (sin dejar de pasearse y siguiendo su idea.)*

SIM. Por qué no os sacudisteis los zapatos antes de pisar estas alfombras?

JUAN. Es verdad. Tengo polvo! He andado tanto hoy por la mañana!..)

SIM. Ea! Idos á esperar á la antesala!

JUAN. Bien. Por dónde salgo?

SIM. Por ahí. Largo de aquí. *(abre la puerta foro.)*

JUAN. Ah! Segun veo, sois un criado? *(mirándole por primera vez.)*

SIM. Soy el criado número uno de la casa!

JUAN. Un miserable asalariado. *(descomponiendo dos ó tres sillones.)* Poned esos muebles en su sitio, que para eso os pagan y callaos!

SIM. Creéis que estoy yo aquí para servirlos? *(sorprendido coloca los sillones, y Juan sigue paseando preocupado.)*

ESCENA II.

Los mismos y la CONDESA.

CON. Simon, la señorita reclama tus servicios.

JUAN. La condesa. *(se quita el sombrero, quedándose con él en la mano. Simon se marcha por el fondo.)*

CON. Estamos solos, Juan Claudio! *(después de haber cerrado la puerta del foro.)*

JUAN. Imprudente!

CON. Nada temais. El conde está fuera.

JUAN. Puede volver y sorprendernos.

CON. Tengo dos personas en acecho, que nos avisarán oportunamente. La una es Pedro.

JUAN. Pedro!

CON. Pedro, que ha sabido llegar hasta donde yo estaba; Pedro, que vela por un lado, mientras que por el otro acecha vuestra hija.

JUAN. Bien, y qué quereis? *(vienen á la mesa.)*

CON. Quiero aprovecharme de esta hora, en la cual puedo veros sin testigos, porque antes de solicitar el aprecio del mundo, necesito el de Juan Claudio.

JUAN. Señora!

CON. Durante mucho tiempo, os lo juro, aunque tenia en mis manos la prueba de vuestra muerte, viví como en un sueño insensato, esperando una aparicion imposible; y echando siempre de menos la sola riqueza del alma, el cariño y la confianza; echando de menos la felicidad! Pero los dias gastaron mi esperanza, y grabaron la realidad en mi corazon. Al cabo de cinco años, y que el porvenir de mi hija estaba amenazado,

y por ella solamente me encontré obligada á sacrificarme y á aceptar el nombre de otra persona.

JUAN. No trateis de justificaros, señora, porque sé muy bien cuáles han sido vuestros pesares!

CON. Vos?

JUAN. Yo, que salvado milagrosamente, corri á vuestro lado, y supe antes de realizar mis deseos, que mi presencia iba á arrancaros los títulos y los bienes de vuestros padres... Yo, que el día en que fuisteis á despediros de Pedro, desde el rincón en donde me ocultaba, oí cuanto digisteis, y por salvar á mi hija, vi pasar la viuda heredera de tantos bienes!

CON. Desgraciado! Si supieseis los tormentos que me han causado esas riquezas! Si supieseis cuántos odios me ha creado la envidia! Si supieseis cuánto he sufrido todos los dias!

JUAN. Yo tambien he vertido lágrimas... he comido el pan de la indigencia, y he contado horas crueles... pero la hija de mi corazon se ha visto al abrigo de las brisas del otoño y de los frios del invierno... y mientras que su madre sufría y su padre se arrastraba herido por el campo de batalla, la hermosa niña ha crecido bajo un sol brillante y benigno!

CON. Ah! Es por ella por quién has aceptado el aislamiento y la miseria? Pordóname si te he acusado de cobarde, á ti, el único esposo de Genoveva; á ti, el mártir por quien Genoveva ha llorado en silencio. *(se apoya en su espaldar llorando.)*

JUAN. Genoveva! Señora Condesa! *(con firmeza después de enjugar una lágrima.)* Oídme! Si el conde pudiera saber con seguridad que existia vuestro primer marido, en fuerza de martirizaros, venceria tal vez, porque seria mal interpretada la virtud que os ha conservado esas riquezas... y esto no debe, no puede ser! Cuando seguí las armas, mas bien para morir, que para guerrear, sabia que el apellido de Thibaut revelado que fuera, causaria vuestra ruina; por eso me alisté como voluntario, bajo el nombre de Juan el inclusero, insultando siempre el de mis padres. Asi, pues, Juan Claudio Thibaut no existe; y vos no me conocéis!

CON. Si; pero Juan el Montañés ha salvado á mi hija, y tengo el derecho de verle.

JUAN. Cuando no quepa duda alguna de que Juan Claudio Thibaut solo vive entre los muertos!

ESCENA III.

Los mismos y PEDRO que viene muy de prisa.

PED. El conde se acerca.

CON. Ah!

JUAN. Huid! *(llevándola á la derecha.)*

CON. *(yendo hacia la puerta derecha en donde se detiene.)* A Dios! Y no olvides, Juan Claudio, que al paso que la Condesa sabrá resistir... Genoveva no cesará de bendecirte desde el fondo de su corazon! Adios! *(sale.)*

PED. Ya sabes, Juan, que estoy ahí abajo, junto á la puerta cochera, y que si me necesitas, con una señal solamente corro en tu ayuda.

JUAN. Ya sé cuanto me quieres, Pedro.

PED. Vengo bien prevenido, porque en estas casas de los grandes señores, á lo mejor se la pegan á uno... y hombre prevenido...)

JUAN. No... no!... Aquí no habrá violencia alguna.

PED. Bien; si crees que es preciso dejarse apalecar... pondré las costillas como un cordero... Mira, ya se acercar el truan del conde...)

JUAN. Vete.

PED. Me voy; pero con qué ganas le aplastaría la molle-
ra... En fin! Como ha de ser! Hasta despues... Ya sabes
en dónde estoy!... Cuidado!...

JUAN. Adios!

PED. Te lo repito; estoy junto á la puerta cochera... al
lado del perro del guarda... aquel de los dientes como
sierras... A Dios. *(sale por el fondo.)*

ESCENA IV.

JUAN, despues el CONDE.

JUAN. Pedro... y Genoveva, los mismos que hace veinte
años! Vamos!... Ocullemos estas dulces emociones!
Evoquemos el temor y la desconfianza... He pensado
en todo, y he procurado desembarazarme de cuanto
pudiera comprometerme en este sitio!

CONDE. Quédate en el vestíbulo, *(entrando con Simon á
quien le dá su capa y sombrero.)* y asi que se presente
el coronel Enrique Roger, dile que deseo verle, y
condúcele aqui.

SIM. Bien, señor conde. *(sale.)*

JUAN. *(El coronel Roger!)*

CONDE. Se os ha dicho, señor Juan, que deseaba ha-
blaros?

JUAN. Y he venido para saber lo que teneis que de-
cirme.

CONDE. No lo sospechais?

JUAN. En modo alguno.

CONDE. Quiero preguntaros, qué suma recibisteis de
vuestra muger, cuando consentisteis en haceros pasar
por muerto?

JUAN. Yo?... Mi muger?... No comprendo una pala-
bra!...

CONDE. Sois jugador?

JUAN. Adios gracias, no lo soy.

CONDE. Pues entonces, cómo os hallais pobre hoy dia?
Necesariamente recibiriais vuestra parte en una venta
que daba á vuestra muger tres millones de herencia.

JUAN. Tres millones!... *(esforzándose para sonreirse.)*

CONDE. Es verdad que con el tiempo las tabernas arrui-
nan á los hombres como vos.

JUAN. El señor conde me toma sin duda por otro... su
error me ultraja... y yo... *(despues de un movimiento.)*

CONDE. No os incomodeis todavia, Juan Claudio...
Tengo que hablaros un largo rato. *(interrumpiéndole
y pasando al otro lado.)*

JUAN. Qué nombre me habeis dado?

CONDE. Cómo se llamaba vuestro padre?

JUAN. Lo he ignorado siempre... soy inclusero...

CONDE. Inclusero! Es decir que no sois el hijo de Maria-
na de Chambery?

JUAN. No sé quien fué mi madre.

CONDE. Es decir que no sois quien se casó en la Iglesia de
San Martin, en Saboya, con Genoveva, la hija adopti-
va de Mariana?

JUAN. No lo soy.

CONDE. Y por último, no sois el que cuando Genoveva
recobró el nombre de sus padres, y cuando temblaba
por el porvenir de su hija, hizo con esa muger una
segunda venta mas vergonzosa que la primera, con-
sintiendo en que la tomase otro marido que la creia
viuda?

JUAN. Señor Conde, mi paciencia se agota, y empiezo á
fatigarme con tal interrogatorio.

CONDE. El interrogatorio está terminado.

JUAN. Lo celebro! *(se dirige al fondo.)*

CONDE. Sabeis de donde vengo? *(sentándose á la de-
recha.)*

JUAN. Poco me importa! *(junto á la puerta.)*

CONDE. Vengo de la casa que habitais. en la calle de
Passy.

JUAN. De mi casa? La puerta estaba cerrada.

CONDE. La he hecho forzar.

JUAN. Vos? *(bajando á la escena.)*

CONDE. Yo!

JUAN. Eso es una violacion! *(ocultando su inquietud y de-
vorando su cólera.)*

CONDE. Que las leyes castigan en los hombres como
vos, pero no en los nobles como yo lo soy. Me habeis
dicho que no conocisteis nunca á Genoveva, pobre en
otro tiempo y opulenta hoy... Quiero creerlo... pero
entonces, *(levantándose y yendo junto á el.)* como se
esplica que haya encontrado en vuestra casa este me-
dallon? *(saca de su bolsillo el medallon del acto an-
terior.)*

JUAN. *(Mi medallon!)*

CONDE. En el cual veo escritas estas palabras, recuerdo
de mi Genoveva.

JUAN. *(despues de una corta duda.)* Se esplica, dicien-
doos, que ese medallon es de una hermana mia que
ya no existe.

CONDE. Una hermana? Pues yo creia que los incluseros
no tenian hermanas.

JUAN. Cree mal el señor conde, porque todos los inclu-
seros son hermanos y hermanas...

CONDE. Ah! Es decir que esta Genoveva tambien es in-
clusera?

JUAN. Si.

CONDE. Bien! El tribunal decidirá. *(vuelve á guardarse
el medallon y se pasea.)*

JUAN. *(Dios mio!)* *(con terror.)*

CONDE. Osareis negar aun que sois el hijo de Mariana?

JUAN. Lo niego.

CONDE. Y podreis explicarme tambien, cómo es que se
ha hallado en vuestra casa este rosario, *(le enseña el
rosario del prólogo.)* que fué dado, en otro tiempo, á
la madre Mariana, por un fraile de San Bernardo?

JUAN. Se esplica, diciéndoos que todos los rosarios se
asemejan.

CONDE. No es cierto, y este mucho menos, porque sus
cuentas están hechas con fragmentos de la roca gris,
y es el mismo que se hallaba hace diez y ocho años,
en la cabaña de Juan Claudio, al pie del Monte-
Cenis.

JUAN. Os ha engañado quien os lo ha dicho!

CONDE. No me lo han dicho, lo he visto yo...

JUAN. Pues vos os engañais!

CONDE. Para convenceros de que no es asi, voy á llamar
á la condesa de Arezzo, la cual no podrá negar, que
hace 18 años, en el mes de mayo, y dia de Santa Fe-
resa, entré á descansar en la cabaña de Juan Claudio
Thibaut, y ella, que entonces se llamaba Genoveva,
me enseñó este mismo rosario. *(se separa de Juan.)*

JUAN. *(deteniéndole.)* Mentís! No sois el que fué en ese
dia á descansar en la cabaña de Juan Claudio.

CONDE. Cómo lo sabeis? *(deteniéndose.)*

JUAN. El hombre que olvidó en ese dia, y en esa casa
su maleta, se llamaba Luchi.

CONDE. Quién os lo ha dicho!

JUAN. Me lo han dicho!

CONDE. Y cómo probareis que se llamaba Luchi?

JUAN. Ya lo vereis.

CONDE. Y si yo os probára de antemano, que me llamo
Andres Luchi, conde de Arezzo?

JUAN. Vos? *(Era él!)* *(vivamente.)*

CONDE. *(Ya es mio!)*

SIM. El coronel Enrique Roger! *(sale anunciando.)*

ESCENA V.

Los mismos, ENRIQUE.

ENR. Deseais hablarme, señor conde?

CONDE. Sí, coronel.

ENR. Sed breve.

CONDE. Quiero aconsejaros, que renunciéis á vuestro casamiento.

ENR. Por qué motivo?

CONDE. Porque ningun hombre de honor puede casarse con la hija de una muger á quien los tribunales van á juzgar.

ENR. Qué quereis decir?

CONDE. Que la señora condesa tiene dos maridos.

ENR. Cielos!

CONDE. Y este plebeyo que se ocultaba bajo el nombre del Montañés...

ENR. Este hombre es Juan el cochero.

CONDE. Es Juan Claudio Thibaut, su marido, al cual se creia muerto.

JUAN. Esperad! Perdonadme, coronel! (con gran vivacidad.) Es á Juan Claudio Thibaut (pasando dirigiéndose al conde.) á quien buscáis? Thibaut, un antiguo carretero que vivia al pie del Monte-Cenis? Oh! Le conocí mucho, mucho!... Pero el pobre murió fusilado en la montaña.

ENR. Es verdad, con mi padre.

JUAN. Porque ambos fueron vendidos por un veneciano, que el día de Santa Teresa, se ocultó en la cabaña de Juan Claudio. Oh! Puedo hablar de esta historia, señor conde! El pobre Juan Claudio murió en mis brazos, diciéndome que el traidor, cuyo nombre habia visto en cierta maleta olvidada, se llamaba Luchi!

CONDE. (Imprudente!)

JUAN. Y el general Bonaparte, aun cuando no era rico entonces, habia ofrecido un puñado de oro al que descubriese el nombre de familia de ese Luchi!... Y estoy seguro que por saber quién vendió á su compañero de armas, el emperador Napoleon daría hoy mas de veinte banderas conquistadas... Pero no ha podido descubrirse el nombre de familia de ese maldito veneciano. No habeis oido hablar de él, señor conde? Vos, que tambien sois veneciano?

CONDE. Yo? Yo he nacido en Ferrara! (muy alterado.)

ENR. En los diez y ocho años que han transcurrido, es muy posible que ese infame, ese asesino de mi padre haya muerto.

JUAN. Quién sabe!.. (mirando al conde fijamente.) Los animales feroces viven mas tiempo que los otros... Y vos, señor conde, creisteis que era yo Juan Claudio Thibaut, porque como él me llamo Juan y como él soy hijo de las montañas? Tranquilizaos, señor Conde... es una mala idea que habeis tenido para atormentar á la señora condesa, y esto podria perjudicaros algun dia... Tarde ó temprano, las malas acciones son castigadas... y cuanta mas edad se tiene, mas debe convencerse el hombre de que hay una justicia en el cielo. A Dios, señor coronel.

ENR. (No obstante, con estos recelos debo renunciar á esta boda!)

JUAN. Señor conde, volveré á pedir los papeles de Juan el espósito, apellidado el Montañés. (sale.)

ESCENA VI.

El CONDE, ENRIQUE.

CONDE. (Ya partió!) (ap. y viendo al coronel coger los papeles de Juan Claudio que parece examinar.)

ENR. Señor Conde, á pesar de que mi amor hácia vues-

tra hija es cada vez mas invencible, suspendo mi empeño en unirme á ella, hasta que se aclaren estos misterios, pero antes permitidme que me despida de ella y de la señora condesa.

CONDE. Pasad á su habitacion, y os aseguro que no os pesará de esa resolucion; porque desgraciadamente son muy ciertas las palabras que indiqué delante de ese hombre. Entrad pues.

ENR. Seré breve. (entra en la habitacion de la condesa.)

ESCENA VII.

El CONDE, despues JUAN.

CONDE. Ah! Corramos á intimidar á la Condesa: á ella solamente debo temer, porque ese hombre, aunque es dueño de mi secreto, y puede perderme, no lo hará por no comprometer á Genoveva. Ah! mi completa felicidad se realiza! (Juan salta por la ventana y el conde asustado dice.) Quién viene por ahí?

JUAN. Sesto de dragones en campo enemigo.

CONDE. Osais escalar mi casa? (furioso.)

JUAN. Cuando un noble fuerza una puerta, bien puede un plebeyo abrir una ventana!

CONDE. Sois un atrevido! (Y Enrique que saldrá pronto!) (con mucha ira.)

JUAN. No os incomodeis. Todavía tengo que hablaros largo rato... (con mucha calma y pasando al lado opuesto.) Y ante todo, dadme el rosario de mi madre.

CONDE. Tomadlo. Conque confesais que sois el hijo de Mariana Thibaut?

JUAN. Soy el hijo de Mariana Thibaut, que viene á vengar á Genoveva.

CONDE. O á perderla quizás.

JUAN. No lo creais, Luchi!

CONDE. Yo no soy Luchi!

JUAN. Muy tarde lo negais.

CONDE. Qué pruebas teneis? (en este momento aparece el coronel que se detiene al ver á Juan y oye todo cuanto se dice en la escena, sin ser visto.)

JUAN. Probaré primero, que para matar al guia, hieis. teis fusilar al General; vos que estabais interesado en la muerte de Juan Claudio.

CONDE. Yo? Para qué?

JUAN. Para enriquecer á Genoveva, y robarla despues casandoos con ella!

CONDE. Robarla?

JUAN. No tengo tiempo para escoger las palabras... Lo dicho, está bien dicho; y probaré tambien, que no hace mucho tiempo os enmascarasteis para ahogar á una muger.

CONDE. Os atreveis á suponer... (furioso.)

JUAN. No lo supongo, lo afirmo... Pero no me incomodo por ello, pues gracias á ese crimen, pude salvar á mi hija y encontrar á Genoveva! Para castigar tan bárbaro asesinato, debí, tal vez, emplear las viles armas que usais... pero cuando por espacio de doce años se ha militado bajo una bandera gloriosa, no se envilecen los hombres de tal modo... Se ataca al enemigo frente á frente, y se le llama con lealtad á un desafío, lo cual quizás no sea muy católico... pero es lo que se acostumbra entre los caballeros... Con este objeto, me he apresurado á venir á veros, y á preguntaros, en dos tiempos, militarmente. A qué hora nos batimos, y en qué lugar?

CONDE. La pasion insolente que os arrastra, os impide pensar en la distancia que nos separa.

JUAN. Dispensadme... Sé muy bien que sois un infame, y yo un hombre honrado; y no obstante, prescindo de la distancia.

CONDE. Desgraciadamente existen espacios que ciertas leyes de la nobleza impiden traspasar... Yo soy conde de Arezzo y caballero de San Marcos.

JUAN. Y yo soy caballero de la legion de honor, y apostaré cualquier cosa, á que me ha costado mas ganar esta cruz, que á vos el título y ese arapo que llevais! Pero estamos perdiendo tiempo...

CONDE. No obstante...

JUAN. No obstante, sois conde y caballero, decis?... Lo que sois es un miserable!

CONDE. Ira de Dios!

JUAN. Lo repito; un miserable, que hace doce años despoja, roba y atormenta á dos mugeres indefensas... y cuando el padre y esposo viene á provocar al verdugo de su muger y de su hija, os poneis á hablar de distancias... Oh! guardaos bien, Luchi, de que el viejo soldado olvide un momento las leyes del honor, porque entonces... En fin, señalemos sin mas demora las condiciones del combate.

CONDE. Y si aceptase un duelo con vos, quién seria vuestro testigo?

JUAN. Lo seria Pedro, un hijo del pueblo, pero honrado, y un amigo de mi infancia, que me quiere como á un hermano.

CONDE. Y creéis que hallaré nunca un amigo entre los infinitos que se honran con mi amistad, que consienta en arreglar las condiciones de un duelo, con ese Pedro; con ese quidam, nacido, tal vez, como vos, entre el fango del vulgo? Convinceos de que es imposible ese duelo.

JUAN. Bien, pues lo arreglaremos de otra manera. Iré á buscar á mi antiguo comandante en la batalla de Arcol, que era el amigo íntimo del general Roger, y al general Massenna, que es hoy dia mariscal de Francia, príncipe de Eshung y duque de Rívoli... ambos correrán al lugar del desafio, jurando hacer fusilar por la noche al traidor, al asesino Luchi, en el caso de que yo no le mate por la mañana. *(viendo un movimiento decisivo del conde.)* Vamos! Veo que aceptais mejor á Pedro que al mariscal... Voy á por Pedro, y no hablemos mas. Qué hora señalais?

CONDE. El tiempo preciso para que vayais en busca de vuestro testigo!

JUAN. Sitio?

CONDE. Aqui os espero con el mio; é iremos donde mejor nos parezca.

JUAN. Me empeñais vuestra palabra de no faltar?

CONDE. Os la empeño.

JUAN. No me haré esperar mucho tiempo. *(sale por el fondo.)*

ESCENA VIII.

El CONDE, á poco el CORONEL ENRIQUE.

CONDE. Y ese miserable ha osado humillarme nuevamente! Oh! voy á prevenir á la policia, para que se apoderen de él. Entre su dicho y el mio, no puede la justicia vacilar. *(va á salir.)*

ENR. *(presentándose.)* Pero vacilará cuando yo le diga que el conde de Arezzo es un asesino!

CONDE. *(Nos habrá oido?) (fingiendo calma.)* Os habeis despedido ya de esas señoras, amigo mio?

ENR. No echeis mano de una máscara que ante mis ojos ya no existe!

CONDE. No os comprendo.

ENR. *(asiéndole del brazo con violencia.)* No habeis conocido nunca á un tal Andreas Luchi, hombre inmoral y cobarde, á quien sus muchos delitos proscribieron de su pais natal?

CONDE. No.

ENR. No habeis conocido nunca á un valiente general llamado Roger, que murió asesinado pérfidamente por Andreas Luchi, junto al Monte-Cenis?

CONDE. No.

ENR. No habeis comprendido nunca el odio que puede encerrarse en el corazon de un hijo contra el hombre que causó la muerte de su padre?

CONDE. Señor coronel!

ENR. No alceis la voz, que ese es recurso de mugeres.

CONDE. Con quién creéis que estais hablando?

ENR. Estoy hablando con el mas vil de los hombres; estoy hablando con el asesino del general Roger; estoy hablando con el traidor Luchi, estoy hablando con vos, que mas bien que el conde de Arezzo, sois el traidor, el asesino Luchi.

CONDE. Miserable!

ENR. Basta de palabras inútiles; todo lo he oido y he esperado á que Juan el cochero desapareciese, para asiros del brazo y exigiros un duelo á muerte.

CONDE. No, me es imposible; tengo otro con Juan.

ENR. El mio es primero, porque mi afrenta es mas grande. Juan el cochero puede todavia abrazar á su muger y á su hija! Pero el coronel Enrique no puede ni aun visitar la tumba de su padre!

CONDE. Vuestro padre fué desleal á su pais.

ENR. Mi padre ofendido por vos? No contento con haberle dado muerte, quereis ultrajar su memoria? Las armas! Las armas al momento!

CONDE. Os he dicho que tengo otro duelo.

ENR. Las armas! Y no me obligueis á apelar á otros medios.

CONDE. Inútilmente insistis... *(sentándose con calma.)*

ENR. Os negais terminantemente?

CONDE. Si.

ENR. Pues al menos tendré el placer de abofetearos. *(le vá á dar un bofetón que el conde detiene.)*

CONDE. Ah! El duelo es ahora inevitable! *(se levanta con furor.)*

ENR. Eso deseaba!

CONDE. Teneis armas?

ENR. No, acepto las pistolas que me presenteis?

CONDE. Venid! *(se oyen á Juan y á Pedro que disputan con los criados.)*

ENR. Qué ruido es ese?

CONDE. Juan, que vuelve con su testigo, y á quien no dejan pasar mis criados.

ENR. Partamos antes que entren.

CONDE. Venid por esta puerta que dá al jardin... Tomaremos las pistolas.

ENR. Y encomendaos á Dios. *(salen por la puerta izquierda.)*

ESCENA IX.

JUAN, PEDRO, despues la CONDESA y JUANA.

(La escena permanece un instante sola, oyéndose el ruido de la disputa que se aproxima paulatinamente hasta que se presentan Juan y Pedro.)

JUAN. *(entrando.)* Os he dicho que nos ha citado el señor conde! A dónde está?

PED. Si no se quita el lacayon, le hospedo una bala en la mollera! *(trae dos pistolas.)*

JUAN. Pero y el conde?

PED. Si habrá tenido miedo de que le mates en el desafio.

CON. Un desafio! *(que ha aparecido un instante al ruido con su hija; al oír estas últimas palabras se adelanta precipitadamente.)*

JUAN. Cielos!
 PED. (Se nos cayó la casa á cuestras!)
 CON. Habla, habla, Juan, qué desafío es ese?
 JUA. Vos, padre de mi corazón!
 JUAN. Qué, sabeis, señorita?
 CON. Si; todo se lo he dicho.
 JUAN. (medio llorando y abrazando á su hija.) No.... no... no creais, señorita, que voy á batirme... no lo creais... no... lo creais... hija mia! (con fuerza arrojándose en sus brazos.)
 JUA. Padre mio!
 PED. (lloriqueando.) Pues si señor! Va á batirse con el conde! No vale mentir!
 JUAN. Pedro!
 PED. No me mires así, porque nada me importa! Van á batirse y á muerte! Cabalito!
 CON. No, no! Ese duelo seria un sacrilegio!
 JUA. Esponeros á morir en el momento mismo en que os estrecho en mis brazos? No, no, padre mio, vos no os perteneceis, vos perteneceis á la hija que os adora!
 JUAN. Y he de quedar por un cobarde?
 PED. No quedarás; yo me batiré por ti, yo que no tengo nadie en el mundo. (vá á salir y tratan de contenerle los demas, cuando se oyen dos tiros.)
 CON. y JUA. Ah!
 JUAN. Qué pueden ser esos tiros?
 PED. (temblando.) Ay! qué temblor me ha entrado! (todos van á dirigirse al fondo y aparece el coronel bastante agitado.)

CON. Y he de quedar por un cobarde?
 PED. No quedarás; yo me batiré por ti, yo que no tengo nadie en el mundo. (vá á salir y tratan de contenerle los demas, cuando se oyen dos tiros.)
 CON. y JUA. Ah!
 JUAN. Qué pueden ser esos tiros?
 PED. (temblando.) Ay! qué temblor me ha entrado! (todos van á dirigirse al fondo y aparece el coronel bastante agitado.)

ESCENA IX.

JUAN PEDRO, después de CONDE y JUAN.
 (La escena permanece en silencio hasta que se presenta Juan y Pedro.)
 Juan. (entrando.) Os he dicho que nos ha estado el conde...
 Pedro. Si no se podía el conde, lo esperaba una hora en la...
 Juan. Pero y el conde?
 Pedro. Si habrá tenido miedo de que le maten en el...
 Juan. Un desafío? (que ha aparecido un instante el ruido con su hija; al ver estas últimas palabras se adelanta precipitadamente.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y el CORONEL.

JUAN. Qué es esto, coronel?
 ENR. El conde de Arezzo... (conmovido.)
 CON. Acabad!
 ENR. Señora, el deber de hijo me ha obligado á forzar á batirse al asesino del general Roger.
 JUA. Y era el conde el asesino? (momento de silencio.)
 ENR. Preguntad, señora condesa, á Juan Claudio Thibaut, si era deber mio vengar la muerte de mi padre?
 JUAN. Lo era, Genoveva, lo era, hija mia! (afirmativamente, las dos le eogen cada una una mano. Juan dá la otra al coronel que la besa con respeto.)
 PED. Bien! muy bien! muy bien! Y ahora pueden irse á vivir juntos: Juan, Genoveva, la señorita y el coronel! Casualmente tengo ahí el coche número 226. Vamos, venid. Viva Juan el cochero! (todos se dirigen al fondo; cae el telon.)

FIN.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—Es copia.

MADRID, 1860.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Plazuela de la Cebada, núm. 66.

ESCENA VIII.

El Conde, ó poco el Coronel...
 Juan. Y sea miserable el conde...
 Pedro. (Entrando.) Os he dicho que nos ha estado el conde...
 Juan. Pero y el conde?
 Pedro. Si habrá tenido miedo de que le maten en el...
 Juan. Un desafío? (que ha aparecido un instante el ruido con su hija; al ver estas últimas palabras se adelanta precipitadamente.)

Los cabezudos ó dos siglos des- pues, t. 1.	2 7	Los misterios de Paris, primera parte, t. 6 c.	6 14	No hay miel sin hiel, o. 3.	3 5	Un padre para mi amigo, t. 2.	2 4
La Calumnia, t. 5.	3 6	Idem segunda parte, t. 5 c.	8 16	No mas comedias, o. 3.	3 5	Una broma pesada, t. 2.	3 5
-Castellana de Laval, t. 3.	2 9	Los Mosqueteros, t. 6 c.	2 14	No es oro cuanto reluce, o. 3.	3 7	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.	2 5
-Cruz de Malta, t. 3.	2 8	La marquesa de Savannes, t. 3.	2 5	No hay mal que por bien no ven- ga, o. 1.	3 4	Undia de libertad, t. 3.	7 4
-Caleza á pájaros, t. 1.	2 5	-Mendiga, t. 4.	6 8	Ni por esas!! o. 3.	3 4	Uno de tantos bribones, t. 3.	9 5
-Cruz de Santiago ó el magne- tismo, t. 3. a. y p.	1	-noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2 11	Ni tanto ni tan poco, t. 3.	4 4	Una cura por homeopatia, t. 3.	5 4
Los Contrastes, t. 1.	2 8	-Opera y el sermón, t. 2.	3 6	Ojo y nariz!! o. 1.	1 3	Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.	5 8
La conciencia sobre todo, t. 3.	2 4	-Pomada prodigiosa, t. 4.	2 2	Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	2 8	Un error de ortografia, o. 1.	2 3
-Cocinera casada, t. 1.	3 4	Los pecados capitales. Mágia, o. 4	9 9	Otra noche toledana, ó un caba- llero y una señora, t. 1.	1 1	Una conspiracion, o. 1.	1 3
Las camaristas de la Reina, t. 4.	7 6	-Percances de un carlista, o. 1	3 9	Percances de la vida, t. 1.	2 4	Un casamiento por poder, o. 1.	3 3
La Corona de Ferrara, t. 5.	5 7	-Penitentes blancos, t. 2.	5 5	Perder y ganar un trono, t. 4.	2 3	Una actriz improvisada, o. 1.	2 3
Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5	2 7	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5 5	Paraguas y sombrillas, o. 4.	3 12	Un tio como otro cualquiera, o. 1.	2 4
La cantinera, o. 1.	1 6	-Penitencia en el pecado, t. 3.	3 6	Perder el tiempo, o. 1.	2 4	Un motin contra Esquilache, o. 3.	2 9
-Cruz de la torre blanca, o. 3.	1 5	-Posada de la Madona, t. 4. y p.	4 9	Perder fortuna y privanza, o. 3.	2 5	Un corazon maternal, t. 3.	2 5
-Conquista de Murcia por don Jaime de Aragon, o. 3.	2 11	Lo primero es lo primero, t. 3.	2 5	Pobreza no es vileza, o. 4.	3 11	Un viaje á América, t. 5.	2 8
-Calderona, o. 5.	3 8	La pupila y la pendola, t. 1.	2 6	Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, t. 5.	2 10	Un hijo en busca de padre, t. 2.	5 5
-Condesa de Senecey, t. 3.	3 4	-Protegida sin saberlo, t. 2.	1 6	Por no escribirle las señas, t. 1.	3 3	Una estocada, t. 2.	2 6
-Caza del Rey, t. 1.	3 6	Los pasteles de Maria Michon, t. 2	1 7	Perder ganando ó la batalla de damas, t. 3.	2 3	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2 4
-Capilla de San Magin, o. 4.	5 4	-Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2 7	Por tener un mismo nombre, o. 1	2 4	Un soldado de Napoleon, t. 2.	5 4
-Cadena del crimen, t. 5.	5 9	La Posada de Currillo, o. 1.	2 3	Por tenerle compasion, t. 1.	3 3	Un casamiento provisional, t. 1.	5 4
-Campanilla del diablo, t. 4 y p. Mágia.	5 15	-Perla sevillana, o. 1.	3 3	Por quinientos florines, t. 1.	3 4	Una audiencia secreta, t. 3.	2 9
Los celos, t. 3.	3 5	-Primer escapatoria, t. 2.	2 4	Papeles, cartas y enredos, t. 2.	2 5	Un quinto y un párbulo, t. 4.	2 3
Las cartas del Conde-duque, t. 2	4 7	-Prueba de amor fraternal, t. 2	3 3	Por ocultar un delito aparecer criminal, o. 2.	3 4	Un mal padre, t. 3.	4 4
La cuenta del Zapatero, t. 4.	2 6	-Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3 5	Percances matrimoniales, o. 3.	3 5	Un rival, t. 4.	1 4
-Casa en rifa, t. 1.	2 3	-Quinta de Verneuill, t. 5.	4 10	Por casarse! t. 1.	2 3	Un marido por el amor de Dios t. 1.	2 3
-Doble caza, t. 1.	2 6	-Quinta en venta, o. 5.	1 5	Pero Grullo, zarz. o. 2.	2 6	Un amante aborrecido, t. 2.	2 3
Los dos Foscari, o. 5.	1 11	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3 4	Por camino de hierro! o. 1.	2 6	Una intriga de modistas, t. 1.	8 "
La dicha por un anillo, y mági- co rey de Lidia, o. 3. Mágia.	4 9	Lo que está de Dios, t. 3.	3 6	Por amar perder un trono, o. 3.	3 6	Una mala noche pronto se pasa, t. 4.	2 1
Los desposorios de Inés, o. 3.	5 3	La Reina Sibila, o. 3.	2 6	Pecado y penitencia, t. 5.	5 4	Un imposible de amor, o. 3.	5 3
-Dos cerrageros, t. 3.	2 22	-Reina Margarita, t. 6 c.	7 17	Pérdida y hallazgo, o. 1.	1 2	Una noche de enredos, o. 1.	2 3
Las dos hermanas, t. 2.	3 5	-Rueda del coquetismo, o. 3.	2 4	Por un saludo! t. 1.	1 5	Un marido duplicado, o. 1.	3 4
Los dos ladrones, t. 4.	1 5	-Roca encantada, o. 4.	2 6	Quién será su padre? t. 2.	2 5	Una causa criminal, t. 3.	6 6
-Dos rivales, o. 3.	2 9	Los reyes magros, o. 1.	5 8	Quién reirá el último? t. 1.	1 4	Una Reina y su favorito, t. 5.	3 16
Las desgracias de la dicha, t. 2.	3 8	La Rama de encina, t. 5.	2 10	Querer como no es costumbre, o. 2.	3 5	Un rapto, t. 3.	1 11
-Dos emperatrices, t. 3.	3 8	-Saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4 8	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	5 5	Una encomienda, o. 2.	2 3
Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1 3	-Selva del diablo, t. 4.	1 15	Quien á hierro mata. . o. 1.	2 6	Una romántica, o. 1.	3 3
-Dos maridos, t. 1.	3 3	-Serenata, t. 1.	5 5	Reinar contra su gusto, t. 3.	2 4	Un Angel en las boardillas, t. 1.	1 3
La Dama en el guarda-ropa, o. 1	2 4	-Sesentona y la colegiala, o. 1.	3 4	Rabia de amor!! t. 1.	2 5	Un enlace desigual, o. 3.	4 5
Los dos condes, o. 3.	2 6	-Sombra de un amante, t. 1.	2 3	Roberto Hobart, ó el verdugo del rey, o. 3 a. y p.	3 3	Una dicha merecida, o. 1.	1 4
La esclava de su deber, o. 3.	2 3	Los soldados del rey de Roma, t. 2	2 7	Ricardo el negociante, t. 3.	4 9	Una crisis ministerial, t. 1.	2 13
-Fortuna en el trabajo, o. 3.	2 7	-Templarios, ó la encomienda de Avignon, t. 3.	1 14	Recuerdos del dos de mayo, ó el ciego de Ceclavin, o. 1.	3 5	Una Noche de Máscaras, o. 3.	4 7
Los falsificadores, t. 3.	3 8	La taza rota, t. 1.	2 5	Rita la española, t. 4.	3 7	Un insulto personal ó los dos co- bardes, o. 1.	2 4
La feria de Ronda, o. 1	2 8	-Tercera dama-duende, t. 3.	5 7	Ruy Lope-Dábolos, o. 3.	2 10	Un desengaño á mi edad, o. 1.	2 4
-Felicidad en la locura, t. 1	1 5	-Toca azul, t. 4.	5 7	Ricardo y Carolina, o. 5.	2 10	Un Poeta, t. 1.	2 5
-Favorita, t. 4.	3 10	Los Trabucalres, o. 5.	6 15	Romanelli, ó por amar perder la honra, t. 4.	2 6	Un hombre de bien, t. 2.	6 6
-Fineza en el querer, o. 3.	1 5	-Ultimos amores, t. 2.	3 2	Si acabarán los enredos? o. 2.	3 4	Una deuda sagrada, t. 1.	4 4
Las ferias de Madrid, o. 6 c.	9 14	La Vida por partida doble, t. 4.	5 5	Sin empleo y sin mujer, o. 1.	2 3	Una preocupacion, o. 4.	3 6
Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2 14	-Viuda de 15 años, t. 1.	3 2	Santi boniti barati, o. 1.	2 4	Un embustey una boda, zarz. o. 2	3 5
La guerra de las mugeres, t. 10 c.	6 18	-Victima de una vision, t. 1.	4 5	Ser amada por si misma, t. 1.	1 5	Un tio en las Californias, t. 1.	2 3
-Gaceta de los tribunales, t. 1.	3 4	-Viva y la difunta, t. 1.	1 3	Siliari y vencer, ó un dia en el Escorial, o. 1.	3 4	Una tarde en Ocaña ó el reser- vado por fuerza, t. 3.	2 6
-Gloria de la muger, o. 3.	2 4	Mauricio ó la favorita, t. 2.	2 5	Sobresaltos y congojas, o. 5.	3 11	Un cambio de parentesco, o. 1.	3 2
-Hija de Cromwel, t. 1.	2 5	Mas vale tarde que nunca, t. 1.	3 4	Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	2 5	Una sospecha, t. 1.	2 3
-Hija de un bandido, t. 1.	1 4	Muerto civilmente, t. 1.	2 3	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.	3 7	Un abuelo de cien años y otro de diez y seis, o. 1.	2 4
-Hija de mi tio, t. 2.	5 2	Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.	1 3	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.	1 5	Un héroe del Avapias (parodia de un hombre de Estado) o. 1.	2 6
-Hermana del soldado, t. 5.	2 9	Mi vida por su dicha, t. 3.	3 5	Trapiondas por bondad, t. 1.	3 5	Un Caballero y una señora, t. 1.	1 1
-Hermana del carretero, t. 5.	2 10	Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.	3 5	Todos son raptos, zarz. o. 1.	3 3	Una cadena, t. 5.	2 8
Las huérfanas de Amberes, t. 5	2 10	Martin y Bamboche ó los amigos de la infancia, t. 9 c.	4 12	Tía y sobrina, o. 1.	3 4	Una Noche deliciosa, t. 1.	" 2
La hija del regente, t. 5.	3 13	Mateo el veterano, o. 2.	2 7	Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 5.	2 5	Yo por vos y vos por otro! o. 3.	4 5
Las hijas del Cid ó los infantes de Carrion, o. 3.	2 9	Marco Tempesta, t. 3.	2 5	Valentina Valentona, o. 4.	2 7	Ya no me caso, o. 1.	1 5
La Hija del prisionero, t. 5.	6 16	Maria de Inglaterra, t. 3.	2 11	Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Nuestra Señora, t. 5. a. y p.	4 11		
-Herencia de un trono, t. 5.	2 11	Margarita de York, t. 3.	3 11	Un buen marido! t. 1.	1 5		
Los hijos del tio Tronera, o. 1.	3 3	Maria Remont, t. 3.	4 7	Un cuarto con dos camas, t. 1.	2 2		
-Hijos de Pedro el grande, t. 5.	3 13	Mauricio, ó el médico generoso, t. 2.	3 4	Un Juan Lanas, t. 1.	2 8		
La honra de mi madre, t. 3.	3 5	Mali, ó la insurreccion, o. 5.	4 10	Una cabeza de ministro, t. 1.	2 5		
-Hija del abogado, t. 2.	2 5	Monge Seglar, o. 5.	3 7	Una Noche á la intemperie, t. 1.	1 1		
-Hora de centinela, t. 1.	2 8	Miguel Angel, t. 3.	2 11	Un bravo como hay muchos, t. 1.	1 3		
-Herencia de un valiente, t. 2.	1 4	Megani, t. 2.	2 6	Un Diablillo con faldas, t. 4.	1 2		
Las intrigas de una corte, t. 5.	4 7	Maria Calderon, o. 4.	2 8	Un Pariente millonario, t. 2.	3 6		
La ilusion ministerial, o. 3.	3 9	Mariana la vivandera, t. 5.	3 9	Un Avaro, t. 2.	2 4		
-Joven y el zapatero, o. 1.	2 3	Misterios de bastidores, segunda parte, zarz. 1.	5 15	Un Casamiento con la mano iz- quierda, t. 2.	3 5		
-Juventud del emperador Car- los V, t. 2.	2 5	Música y versos, ó la casa de huéspedes, o. 1.	3 7				
-Jorobada, t. 1.	1 5	Mallorca cristiana, por don Jai- me I de Aragon, o. 4.	1 12				
-Ley del embudo, o. 1.	4 4	Maruja, t. 1.	2 4				
-Limosna y el perdon, o. 1.	3 6	Ni ella es ella ni él es él, ó el ca- pitan Mendoza, t. 2.	4 4				
-Loca, t. 4.	5 4	No ha de tocarse á la Reina, t. 3.	2 5				
-Loca, ó el castillo de las siete torres, t. 5.	2 11	Nuestra Sra. de los Avismos, ó el castillo de Villemeuse, t. 5.	5 7				
-Muger eléctrica, t. 1.	2 3	Nunca el crimen queda oculto á la justicia de Dios, t. 6 c.	4 8				
-Modista aiferez, t. 2.	3 6	Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.	4 11				
-Mano de Dios, o. 3.	2 7						
-Moza de meson, o. 3.	5 12						
-Madre y el niño siguen bien, t. 1.	2 6						
-Marquesa de Seneterre, t. 5.	3 3						
Los malos consejos, ó en el pe- cado la penitencia, t. 3.	2 9						
La muger de un proscrito, t. 5.	5 6						
Los mosqueteros de la reina, t. 3.	5 8						
La mano derecha y la mano iz- quierda, t. 4.	5 11						

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres. Las letras O y T que acompañan á cada titulo, significan si es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas, CUESTA calle Mayor.

En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

MADRID: 185 .
 IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
 Calle del Duque de Alba, n. 12.

